

SERVICIO
SECRETO

SS

AL FILO DE LA MEMORIA

Kelltom McIntire





Kelltom McIntire

Al filo de la memoria

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1509

ePub r1.0

Lds 19.01.18

Título original: *Al filo de la memoria*

Kelltom McIntire, 1979

ePub modelo

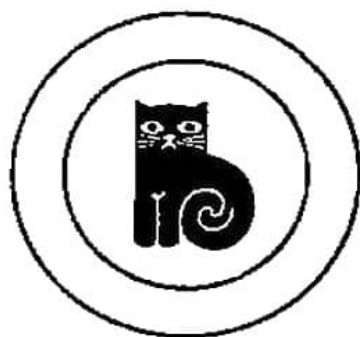
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El día primero de marzo, un camión de mudanzas me embistió lateralmente en la Séptima Avenida.

Mi Chevrolet deportivo salió brutalmente despedido hacia la acera, arrancó de cuajo un buzón de correos y fue a estrellarse contra un poste de alumbrado.

Como quiera que yo regresaba de Newark, llevaba puesto el cinturón de seguridad y ello me salvó. Milagrosamente salí ileso del gravísimo accidente que muy bien pudo haberme costado la vida.

En pocos minutos el tráfico de la Séptima Avenida quedó cortado por un fenomenal embotellamiento. Un autopatrulla logró abrirse paso a lo largo de la acera y dos agentes me ayudaron a salir de mi abollado «Chevy».

Fuera del coche va, me palpé los brazos, el pecho, las piernas... Y murmuré, asombrado:

—¡Diablos!, creo que estoy entero.

También los dos agentes se sorprendieron mucho de que yo hubiera escapado indemne de la fortísima colisión.

El camión que había causado el accidente se había detenido veinte metros más allá. Su conductor, un hombretón de casi dos metros de estatura, rostro bermejo y cabellos grises, vino a verme enseguida.

—Lo siento mucho, señor —exclamó el pobre hombre, tembloroso—. Ha sido un maldito accidente: acabo de comprobar que se rompió la dirección de mi camión. ¿Está bien?

El camionero parecía tan embarazado que me sentí inclinado a despejar sus preocupaciones.

—No tengo un solo rasguño. Creo que ha sido un caso de suerte —dije para animarle.

Luego vinieron las diligencias policiales, mientras varias docenas de agentes de tráfico se afanaban en descongestionar el colosal embotellamiento, que abarcaba ya varias manzanas de la Séptima Avenida.

Uno de los agentes me pidió la documentación del coche y la mía propia. Advertí que el camionero demostraba cierta sorpresa al comprobar que yo era el teniente John Tizza, del Departamento de Policía de Nueva York.

Los agentes de tráfico comprobaron que, en efecto, el camión de mudanzas había sufrido la rotura de la dirección. Los siguientes trámites apenas ocuparon veinte minutos de mi tiempo. Se rellenaron los correspondientes boletines e informes para las compañías de seguros y aunque me sugirieron que debía hacerme reconocer por un traumatólogo no accedí a ello puesto que —aunque incomprensiblemente— me sentía bien.

Podía darme por satisfecho: el simple hecho de conducir con el cinturón de seguridad me había salvado la vida. Por lo demás, esperaba que la compañía de seguros me reembolsase el importe íntegro de mi automóvil, puesto que el «Chevy» apenas tenía seis meses de vida.

Algunas horas después me había olvidado del incidente. Pero aquella misma noche, ocurrió algo que vino a preocuparme hondamente.

Fue hacia las diez de la noche. Había terminado mi servicio y me dirigía a mi domicilio de Newark en un taxi.

No sé cómo pudo suceder. De repente, se oyó un tremendo crujido y *el techo del vehículo se hundió*. Así, literalmente.

El conductor del taxi quedó aplastado entre las retorcidas planchas y yo mismo quedé atrapado sin posibilidades de escapar, pues las arrugadas portezuelas eran impracticables.

El vehículo se hallaba detenido en mitad de la autopista. Saqué la cabeza por el hueco del cristal roto de la ventanilla y comencé a gritar pidiendo socorro.

Varios vehículos se detuvieron enseguida. Un coche-grúa de auxilio en carretera enganchó con un cable el coche siniestrado dentro del cual me encontraba yo atrapado, y lo arrastró hasta el arcén.

—Tranquilícese, amigo —me recomendó el aterrado conductor

de la grúa—. He avisado a los bomberos por radioteléfono. Le sacarán de ahí, le rescatarán. No pierda los nervios.

Me hizo gracia que aquel tembloroso individuo me recomendase calma. Pero yo no podía sentirme muy tranquilo viendo que el piso del vehículo estaba empapado con la sangre del pobre taxista.

Al fin llegaron los bomberos y también la policía. El jefe de bomberos me advirtió que tendrían que cortar las planchas con el soplete de oxi-corte para poder rescatarme y me aconsejó que me apartase todo lo posible de la portezuela de la izquierda.

Pocos minutos después estaba fuera. Vi un enorme bloque de hormigón sobre el techo y parte del capot del taxi.

—Cayó de lo alto del puente de cambio de sentido. Es parte de la balaustrada; desgajada de arriba. Debe pesar casi tres toneladas —dijo uno de los bomberos.

Miré bajo el bloque y mi estómago se alborotó al contemplar la masa sanguinolenta en que había quedado convertido el cuerpo del infeliz taxista.

—¿Fue... fue un accidente? —pregunté, todavía bajo los efectos de la penosa impresión que acababa de recibir.

—Lo sabremos enseguida —respondió el jefe de bomberos—. Mis hombres han subido a inspeccionar el puente.

En ese momento llegó una ambulancia. Un médico se aproximó a mí, después de cambiar unas palabras con un policía.

—Venga conmigo, señor Tizza. Le reconoceremos en el hospital —dijo.

—Estoy bien, gracias. No he recibido el menor daño. Pero ese pobre hombre... —respondí, colérico.

Dos bomberos trabajaban con el soplete para rescatar el cuerpo de taxista.

Poco después volvieron los expertos que habían subido a inspeccionar la rotura de la balaustrada.

—Nada de accidente —informó uno de ellos a su jefe—. Introdujeron dos kilos de explosivo plástico entre las juntas de dilatación de la balaustrada de hormigón. Esto tiene toda las apariencias de un atentado —el hombre me dirigió una ojeada de reojo.

En aquel momento, los bomberos ayudaban a dos sanitarios a colocar sobre una camilla la masa informe del cuerpo del taxista.

«Ese pobre hombre... —pensé—. No tuvo mucha suerte cuando, hace poco más de treinta minutos, alquilé un taxi».

Me sentí muy deprimido. Si se trataba de un atentado criminal, ¿era a mí a quien querían asesinar?

Grandes efectivos policiales coparon aquella zona en escasos minutos, interrogaron a centenares de personas y examinaron cuidadosamente el puente en el lugar donde había estallado una carga de explosivo plástico.

Pedí a un oficial de policía que me permitiese utilizar el radioteléfono de su coche patrulla y llamé al comisario Scott.

Le informé acerca de lo que acababa de ocurrir y se mostró muy preocupado.

—Sin embargo, es un riesgo ineludible que todo policía debe arrostrar, John. Tú sabes que los delincuentes que enviamos a la cárcel jamás piensan que es la misma sociedad la que los aparta de su seno. Los delincuentes sólo odian al policía que les detiene y les envía a prisión —dijo.

Es un hecho cierto.

Muchas de las personas que he detenido, me amenazaron de muerte. La mayoría de ellas olvidan sus promesas de venganza al cabo del tiempo, pero hay criminales empedernidos que jamás olvidan. Hombres rencorosos que rumian su venganza durante el tiempo que permanecen en prisión.

—Es prematuro pensar en ello —opiné, un tanto inquieto—. Tal vez no quisieron matarme a mí, sino al taxista. Ya sabe que suelen existir diferencias entre ellos por cuestiones profesionales. Incluso podría ser asunto de la mafia.

—Si es así, lo comprobaremos. Ahora, vete a descansar, John. Di al oficial encargado del caso que se ponga en comunicación conmigo. Quiero darle algunas instrucciones —respondió.

Poco después, un coche de la policía me trasladó hasta mi casa de Newark.

No dormí tranquilo aquella noche. Por el contrario, durante largas horas me rebullí, muy inquieto, en el lecho.

Mentalmente fui repasando la lista de las personas a las que había detenido y encarcelado.

Yo trabajaba en el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York desde los veintidós años. Como acababa de cumplir

treinta y tres, la cuenta era fácil: llevaba once años de servicio en el departamento.

A lo largo de once años, yo había detenido, es obvio, a centenares de personas de todas las condiciones sociales, desde inofensivos chorizos a peligrosos pistoleros del Sindicato.

Era una labor poco menos que imposible la de recordar una por una a todas aquellas personas. Sin embargo, los policías desarrollamos considerablemente nuestra memoria, lo que nos permite extraer de nuestro cerebro, en un momento dado, una gran cantidad de datos.

Eliminé de aquella lista mental a las personas a las que el juez había puesto en libertad poco después.

De los delincuentes detenidos por mí, veintidós de ellos habían sido condenados por los jueces a elevadas penas de prisión, dos de ellos habían muerto y once gozaban ya de libertad, habían logrado reinsertarse en la sociedad, trabajaban honradamente y, en definitiva, habían estabilizado sus vidas, con lo cual no era de esperar por parte de ellos venganza alguna.

Pero aún quedaban nueve en prisión. Precisamente los más peligrosos. Con los ojos cerrados, traté de recordar sus rostros.

CAPÍTULO II

Ben Jordan era delgado, atlético, moreno, guapo y elegante. Así le describió Margaret

O'Lear

, la joven de veintiún años a quien Jordan quemó los ojos la misma noche en que Margaret llamara a la policía.

La muchacha se había decidido a denunciarle, dos años después de que Ben Jordan la obligara a prostituirse. Dos años durante los cuales, el proxeneta no sólo la explotó económicamente, sino que además le hizo objeto de toda una serie de vejaciones y sádicos malos tratos.

Por supuesto, Margaret

O'Lear

perdió la vista y ahora se gana la vida vendiendo cigarrillos en un club para pensionistas.

Ben Jordan desapareció de su domicilio. Tenía unos miles de dólares y escapó. Más tarde sabríamos que había permanecido en Miami durante tres meses, dilapidando el dinero que había ganado a costa de Margaret y otras desdichadas jovencitas como ella.

Pero en Nueva York, la policía seguía vigilando la zona del Bronx donde Jordan ejercía su «oficio» de alcahuete.

Mi compañero Art McGranger y yo vigilábamos la bolera Golden Arch desde el interior de un automóvil policial sin distintivos, cuando vimos salir a Jordan.

Se había dejado crecer el bigote y una atractiva perilla negra. Imaginé que Jordan se sentía seguro ahora, oculto bajo su nuevo aspecto y teniendo en cuenta el tiempo transcurrido. Creía que tres meses serían suficientes para que la policía se olvidara de él. Y ése fue su error.

Antes de que se metiera en su coche, un Rambler rojo, yo apreté el cañón de mi revólver en sus riñones.

—No se mueva, Jordan —advertí—. Queda detenido.

Se revolvió como una serpiente. Con la rodilla trató de golpearme en los testículos. Al mismo tiempo y con una rapidez increíble, sacó una navaja automática y me envió una tremenda cuchillada al cuello.

No tuve más remedio que golpearle en la garganta para reducirlo. Fue un golpe terrible, aunque yo sólo trataba de frenar su acometida. Le oí exhalar un grito estrangulado y cayó de bruces al suelo con los ojos en blanco.

McGranger y yo tardamos veinte minutos en reanimarlo. Y en cuanto volvió en sí, le esposamos, le leímos sus derechos y le conducimos a comisaría.

Jordan fue condenado, dos meses después, a treinta años de reclusión. Yo tuve que comparecer en el juicio. Cuando se lo llevaban dos agentes, después de pronunciada la sentencia, Jordan se detuvo un momento ante mí.

No podré olvidar el brillo siniestro de sus ojos cuando murmuró:

—Algún día saldré de la prisión, teniente Tizza. Volveré para... degollarle. Lo juro.

Desde entonces han transcurrido cinco años. Ben Jordan intentó fugarse de la prisión hace poco más de dos años. Un vigilante armado le perforó por dos veces el cuerpo con una ráfaga de metralleta.

Jordan curó milagrosamente de sus heridas, pero hubieron de extirparle un pulmón y su estado físico quedó muy disminuido a partir de entonces.

Hace poco más de un año, volví a interesarme por él.

Hablé con el director de la prisión durante largo rato, en su propio despacho.

—¿Jordan? Está desconocido, amigo mío. Se comporta como un recluso, modelo, tiene una conducta ejemplar, trabaja, se atiene al reglamento... Pero, sobre todo, estudia. No dedica un solo minuto de su tiempo libre al recreo. Por el contrario pasa horas y horas en la biblioteca. Ha terminado su enseñanza secundaria y se prepara para proseguir estudios universitarios —aseguró el alcaide.

Mi sorpresa fue todo lo grande que puede imaginarse. Que un

desecho de la sociedad como Benjamín Jordan se comportase como un preso modelo y además se dispusiese a prepararse para cursar una carrera universitaria, era algo realmente asombroso.

—¿Para qué carrera se prepara? —pregunté, perplejo.

—Químicas —respondió el director de la penitenciaría—. Demuestra un interés extraordinario por la química.

Aquello rae dio que pensar.

Yo conocía el historial completo de Ben Jordan, desde que sus padres murieran en un accidente de ferrocarril hasta que diera, finalmente, con sus huesos en la prisión.

Jordan había tenido muchas posibilidades para ser una persona normal. Un matrimonio acomodado le había adoptado a los ocho años. Dos personas que se habían cuidado realmente de su educación y le habían tratado con cariño y entera dedicación. A pesar de lo cual, Ben siguió el camino torcido desde bien temprana edad: hurtos, robos, palizas por encargo, robos a mano armada y, por último, tráfico de estupefacientes y proxenetismo.

Sin embargo, soy una persona que confía por instinto en los valores trascendentes de la especie humana y, al saber que Jordan se esforzaba en convertirse en un hombre culto y capacitado, me alegré sinceramente.

A pesar de ello, no pude evitar aquel pensamiento.

«¿No estará aprendiendo química para, cuando extinga su condena, poder envenenarme impunemente o colocar un artefacto explosivo en mi coche?».

CAPÍTULO III

Dave Wallace tenía treinta y ocho años cuando un juez de Nueva York le condenó a cadena perpetua.

Era un hombre de mediana estatura, rostro ancho, ojos pequeños y negros y grandes entradas en la cabellera.

Hombre huraño e introvertido, Wallace había enviudado hacía diez años. Trabajaba como descargador en el puerto, vivía en un par de mugrientas habitaciones alquiladas en el borde de Harlem y solía acudir diariamente a una taberna de Blue Lane, donde se emborrachaba concienzudamente hasta que cerraban el negocio y le echaban.

Dave Wallace era católico muy devoto.

No tenía antecedentes policiales y jamás dio a la policía el menor quebradero de cabeza. No se relacionaba con nadie, hablaba muy raras veces y excepto su afición un tanto desmedida por la ginebra, no se le conocían otros vicios mayores.

Solía desahogarse sexualmente con una prostituta madura, de unos cuarenta años, que vivía también en un cuartucho de Blue Lane. Aquella mujer se llamaba Erika Wakmann, era hija de padres alemanes y había dormido muchas noches en los calabozos de la policía. Era una mujer rubia, opulenta, de facciones angulosas y ojos azules, casi incoloros, todavía atractiva a pesar de las huellas que el vicio había dejado en su rostro a lo largo de tantos años de ejercicio de aquel oficio conocido como «el más antiguo del mundo».

Dave Wallace era un hombre muy robusto y musculoso. Veinte años de continuo descargar y mover grandes pesos en los muelles del puerto de Nueva York le habían dotado de una humanidad compacta y de una potencia física poco común.

Cuando se sentía un poco animado —en raras ocasiones— era capaz de partir con sólo los dedos las gruesas patas de madera de haya de una banqueta. O bien convertir en fragmentos diminutos una maciza jarra de cerveza con una sola mano.

Se decía que Wallace había hecho, muy joven, la guerra de Corea. Y también que un pedazo de metralla le había descerebrado, por lo que fue necesario colocarle una prótesis de plata que abarcaba parte del hueso frontal. Quizá fuera ello la causa de que sus facultades mentales hubieran quedado un tanto mermadas.

Algunos aseguraban que Wallace había sido un verdadero héroe en la guerra y que había recibido importantes condecoraciones. Algún tiempo después, y como consecuencia de un incidente protagonizado por Wallace, yo mismo pude comprobar que era cierto: el descargador del puerto de Nueva York se había ganado a pulso la medalla de servicios distinguidos.

Normalmente, este hombre era inofensivo. Pedía al tabernero una botella de ginebra y otra de agua tónica y se iba a beber a un rincón apartado.

Sin embargo, tenía una manía. A veces sacaba de un pequeño estuche de plata un bello rosario de cuentas de coral y... se ponía a rezar.

Todo iba bien si nadie se burlaba de él. Pero a veces penetraban en la taberna clientes más jóvenes y poco respetuosos que solían mofarse al oírle rezar el rosario en voz alta.

Yo estaba de guardia en comisaría cierta noche, cuando se recibió una llamada urgente.

Eran las once y el que hablaba era Hug
O'Laughlin

, el dueño de la taberna de Blue Lane.

—Vengan inmediatamente —urgió

O'Laughlin

—. Uno de mis clientes, Dave Wallace, está estrangulando a un muchacho. Y probablemente no pare ahí la cosa si ustedes no llegan a tiempo.

Pedí al sargento
O'Brien

y al detective Samkus que me acompañaran y partimos a toda velocidad en automóvil hacia Blue Lane.

Cuando bajamos del coche ante la taberna de O'Laughlin , banquetas y bandejas cruzaban el aire con peligrosa potencia.

Yo mismo tuve que esquivar el impacto de un taburete cuando penetré en el negocio del irlandés.

De una ojeada abarqué el dantesco panorama; un hombre yacía a mis pies, descalabrado, el suelo estaba cubierto de vidrios rotos y de banquetas destrozadas y los anaqueles habían sido barridos de vajilla y botellas como si por allí acabase de pasar el huracán Norah.

Tras el mostrador se cobijaba O'Laughlin

, que apenas sabía esquivar los furiosos proyectiles que le enviaba Wallace desde el rincón opuesto. Junto a Wallace, un muchacho yacía en el suelo con una expresión muy mala. Estaba desmayado, aunque en principio creí que estaba muerto.

Wallace no barbotaba insultos. Por el contrario, aunque vociferando, seguía con el rezo del rosario. Cuando entramos en la taberna iba por «la cruz a cuestras, camino del Calvario».

—¡Policía! —dije en voz alta, con toda la serenidad de que fui capaz—. ¿Es usted Dave Wallace?

El descargador me miró un momento y dejó de arrojar violentamente todo lo que le caía a mano. Pero enseguida continuó con sus padrenuestros y avemarías.

—Basta, Wallace. Está detenido. Tiene que acompañarnos —insistí, al ver que el descargador sólo prestaba atención a sus oraciones.

Otra vez volvió a mirarme con aquellos ojillos tan negros. Y sentí miedo, lo juro.

—Recen conmigo —dijo apaciblemente—. Después les acompañaré adonde quiera que sea.

O'Brien, Samkus y yo cambiamos una mirada de asombro. Pero enseguida comencé a rezar el rosario.

El sargento y Samkus me corearon. Por fortuna, Wallace estaba terminando sus oraciones y, en cuanto acabó, guardó su rosario en el estuche de plata, apuró el trago de ginebra que restaba en su botella y vino hacia mí.

Unió sus manos mansamente, y dijo:

—Póngame las esposas, si quiere.

Quedé helado. Pero dejé a Wallace al cuidado de
O'Brien

y me incliné sobre el muchacho que permanecía inmóvil, en el suelo, en un rincón.

Como he dicho, su rostro chupado tenía un color ceniciento. Las fuertes manos de Dave Wallace habían dejado violáceas manchas en su cuello.

Aquel joven respiraba muy mal y hubo que trasladarlo con urgencia al hospital en una ambulancia.

En cuanto al otro individuo, al que el descargador había derribado de un silletazo en la cabeza, recuperó el conocimiento poco después. No tenía gran cosa; un chichón en el occipucio del tamaño de un huevo de paloma.

Interrogamos a
O'Laughlin

y trasladamos a Wallace y al hombre herido a la comisaría.

Por el camino, miré a Wallace y le pregunté:

—¿Puede decirme por qué causa armó esa violenta gresca?

Dio una lenta cabezada y respondió:

—Se lo diré: ese muchacho entró en la taberna, me miró y comenzó a reírse a carcajadas. Me levanté y le pedí que rezara el rosario conmigo. ¿Sabe qué me contestó?: «Eso se queda para ti, vieja beata». Entonces perdí el control, le agarré el cuello y apreté. Si no me lo hubieran quitado de entre las manos, le hubiera matado.

* * *

A Wallace le sirvió de mucho su intachable conducta, sus condecoraciones de la guerra y también los testimonios de
O'Laughlin
y la comprensión del juez.

El muchacho al que Wallace estuvo a punto de matar, fue dado de alta en el hospital a los dos días.

Cuando se celebró el juicio, yo estaba presente.

El juez amonestó a Wallace, le recomendó que se moderase en el consumo del alcohol y le condenó a dos años de libertad

condicional, vigilada.

—Si reincide dentro de ese plazo, cumplirá dos años de condena en prisión —le advirtió.

Era una condena suave, pero justa, puesto que Wallace había sido ofendido en sus creencias religiosas e injuriado por el muchacho al que estuvo a punto de estrangular.

Pues bien, el descargador volvió a su trabajo habitual. Y también a los diarios rezos y libaciones en la taberna del irlandés O'Laughlin

Sin embargo, llevaba una vida apacible y pacífica, no daba el menor motivo de queja a nadie y comparecía una vez por mes en el juzgado para cubrir los trámites que la libertad vigilada lleva consigo.

Creo que Wallace hubiera perseverado en su buena conducta de no ocurrir lo que ocurrió algunos meses después; una noche, Erika Wakmann cometió la imprudencia de mezclar varias píldoras relajantes con una botella de *whisky*. Tragó las píldoras y seguidamente se bebió la botella... Dos días después encontraron su cadáver en el pequeño apartamento que ocupaba en Blue Lane.

Wallace hubo de buscar otra mujer que satisficiera periódicamente su apetito sexual. No fue fácil, pues las rameras del distrito tenían al descargador por un chiflado y no querían comprometerse.

Finalmente, Dave se «arregló» con Nellie Allen, una descarada morena de unos treinta años, famosa por su expresivo lenguaje y por su carácter excesivamente violento y expeditivo.

Hacia las diez de la noche, una tal señora Nathalie Mathews llamó a la comisaría.

—No sé exactamente lo que está ocurriendo en las habitaciones de arriba, pero yo juraría que Dave Wallace está matando a una mujer. Acabo de escuchar unos alaridos alucinantes —nos informó.

Bajé al garaje con dos detectives de la Brigada y nos trasladamos a Blue Lane. El número dieciséis era un feo edificio de ladrillos grises que amenazaba ruina. En un callejón próximo, media docena de chiquillos jugaban a las cartas, fumaban porros y maldecían entre mano y mano de la partida. Más allá, en la misma acera, un borracho tendido sobre sus propios vómitos agarraba aún una

botella vacía. En la esquina de Harrison Lane, dos jovencitas muy pálidas hacían la «carrera», vigiladas a cierta distancia por el inseparable chulo.

No era un lugar muy agradable, Blue Lane. Venía a ser como el ombligo de la zona de mayor criminalidad de todo el distrito. Pero la policía, por lo general, era respetada. O temida, quizá.

Subimos hasta el cuarto piso por una escalera húmeda, maloliente y oscura, sin tropezamos con un alma. En estos lugares, todos suelen escurrir el bulto cuando llega la policía, por la sencilla razón de que quien más quien menos, todos tienen alguna cuenta pendiente con la Ley.

Golpeamos la puerta del apartamento H del cuarto piso. Como nadie vino a abrirnos, hice girar el grasiento pomo y abrí la puerta.

Echamos una ojeada al sencillo cuarto; varios muebles viejos y carcomidos y, en un rincón, una exigua pero bien ordenada cocina. Al fondo vimos una puerta entreabierta desde la que nos llegó el susurro lejano de una conversación. ¿O era un monólogo?

—Salga de ahí, Wallace —ordené en voz alta.

Pero nadie apareció en la puerta.

Penetramos con precaución en la habitación anexa. Mis compañeros empuñaban sus revólveres de reglamento.

Entonces vimos a Dave Wallace. Estaba arrodillado a los pies de una cama y rezaba con toda unción el rosario.

En el primer momento, creí que la señora Mathews se había precipitado: la escena no podía ser más apacible. Wallace rezaba, aparentemente solo.

Pero cuando avanzamos vimos el desnudo cuerpo de una mujer bajo la cama, parcialmente oculto por una vieja colcha.

—Ponedle las esposas —dije a mis camaradas—. Wallace ya conoce sus derechos.

Pero el fornido descargador se puso en pie cuando uno de los detectives le tocó en el hombro y le apartó con un violento codazo que dio con el policía en tierra.

—No me molesten ahora —gruñó.

Tuve que intervenir cuando mis compañeros se lanzaban ya sobre él.

—Dejadle terminar —susurré.

Mientras Wallace proseguía con sus oraciones, levanté la colcha

y descubrí el cuerpo de Nellie Allen.

Quedé aterrado tras la primera inspección visual. La chica estaba muerta, desde luego, pero le faltaba un brazo, arrancado de cuajo de su hombro derecho. Eso no era todo: su brazo izquierdo estaba fracturado por el codo y su rostro apenas era reconocible.

Fue la intensa indignación que sentía lo que me obligó a gritar:

—¡Deja ya de rezar, pedazo de bestia! ¿Es posible que logres concentrarte en tus oraciones después de haber cometido un crimen tan horrendo?

Wallace se incorporó lentamente y me miró con terrible fijeza.

—Algún día le mataré por lo que acaba de decir —pronunció con voz fría y carente de toda emoción.

Tuvimos que luchar a brazo partido con él. Eramos tres hombres bien preparados físicamente y duchos en la detención de criminales, pero el descargador poseía una fuerza tan descomunal, que finalmente hubimos de abatirle a culatazos para evitar que lisiase a alguno de nosotros.

Cuando redacté mi informe, aquella misma noche, hice constar repetidas veces mi opinión; Dave Wallace debía tener perturbadas sus facultades mentales.

Por desgracia, la justicia se equivoca en ocasiones. Sin tener en cuenta mi opinión, el juez hizo observar a Wallace por varios psiquiatras que le dieron por cuerdo.

Algún tiempo más tarde, el descargador fue condenado a reclusión perpetua. Yo no volví a verle, pero tuve noticias de él seis meses después: Wallace había estrangulado a un compañero de reclusión porque éste se había burlado de él cuando le sorprendió rezando el rosario.

En cuanto a los motivos que el descargador pudiera tener para despedazar materialmente a Nellie Allen, ustedes pueden imaginarlos fácilmente: la prostituta, ya desnuda, iba a meterse en el lecho cuando sorprendió a Wallace rezando el rosario.

Nellie se rió a grandes carcajadas y comentó:

—Nunca imaginé que un tipo me pagara para esto... ¡Eh, tú, santurrón! ¿Vas a venir a la cama o voy preparando el agua bendita?

El descargador la miró con terrible fijeza.

—Ven y reza conmigo, maldita impía, o tendrás motivos para

arrepentirte. Acércate, arrodíllate y ora conmigo —le ordenó.

Por desgracia para ella, Nellie no conocía bien a Dave Wallace. En lugar de obedecerle, prorrumpió en irreverentes e histéricas carcajadas.

Seguía mofándose, cuando Wallace saltó sobre ella y la golpeó salvajemente a puñetazos.

La infeliz ramera perdió el sentido enseguida. Ello le evitó horribles sufrimientos, pues Wallace, convertido en una auténtica furia, le arrancó un brazo de cuajo, le quebró el otro y le rompió el cuello con un solo apretón de sus descomunales manos.

En cuanto al destino de Dave Wallace, el tiempo me dio la razón: a raíz del asesinato de uno de sus compañeros de reclusión, las autoridades judiciales decidieron su internamiento en un centro psiquiátrico, donde todavía sigue y donde, probablemente, terminará sus días.

CAPÍTULO IV

Fue poco después cuando tuve ocasión de conocer a aquel par de «pájaros» llamados Basil Brooks y Dick Young.

Brooks tenía cuarenta años, una impresionante cabellera gris rizada, unas facciones suaves y llenas de dulzura, y vestía con una elegancia clásica innegable.

También Dick Young poseía una colección de trajes impresionante, si bien su estilo en el vestir era más avanzado y juvenil.

Comenzaron a pasearse por el barrio conduciendo un flamante Cadillac azul que era la envidia de todos los macarras y hampones del sector.

Acerca de Brooks y Young, podría decirse que componían la estampa perfecta del próspero hombre de negocios y su joven secretario.

Les vi en muchas ocasiones bajar de su caro automóvil, tomar sus elegantes maletines con cantos dorados y visitar a los propietarios de las más lujosas tiendas y negocios del distrito.

En principio, he de reconocer que no me infundieron sospechas. Daban la impresión de dos honrados ciudadanos que cumplían escrupulosamente con sus deberes, íntegramente dedicados a su trabajo, aunque yo desconocía aún la índole de sus negocios.

Precisamente poco después abrían unas oficinas en el primer piso de un remozado edificio en Harrison Street. No repararon en gastos: cambiaron las antiguas ventanas de madera por grandes ventanales de aluminio y cristal y derrocharon el dinero a manos llenas en la adecuación, decoración y amueblamiento de sus nuevas instalaciones. Pusieron una bonita placa dorada cincelada con caracteres góticos, a la entrada: «Brooks y Young. Seguros

Generales».

Enseguida contrataron a una linda jovencita que se ocupaba de la recepción de visitantes y atendía las llamadas cuando ambos socios se encontraban ausentes.

El horario de trabajo de ambos personajes era el normal en aquel tipo de actividades: abrían la oficina de nueve a una y por la tarde de cuatro a siete.

Por lo demás, tanto Brooks como Young llevaban una existencia de lo más ordenada. No se les veía fuera de las horas de trabajo y jamás visitaban los tumultuosos bares, los clubs, o los encubiertos prostíbulos del distrito.

Durante algún tiempo, dejé de interesarme por sus actividades. Hasta que un día alguien me dijo que a Rupert Sullivan lo habían encontrado en muy mal estado en un callejón próximo a Harrison Street.

Rupert Sullivan tenía unos cincuenta y cinco años, padecía artritis y era el propietario de una librería en Old Market. Era, además, una buena persona; atento, amable, discreto y servicial.

Pronto supe que Sullivan había sido internado en la *Catholic Clinic*. Y me trasladé allí inmediatamente para interesarme por su salud. Antes de verle, me entrevisté con el doctor Bennet, el traumatólogo que se había ocupado de Sullivan.

—¿Cómo fue, qué le ocurrió? —le pregunté.

—Sullivan asegura que le atropelló un muchacho montado en una motocicleta —respondió el médico, un tanto hermético.

—Pero usted no cree que sea verdad —dije, sin pensarlo dos veces.

Me miró, confuso. Pero enseguida confesó:

—Mire, teniente. Una moto le hubiera podido fracturar una pierna, un brazo, tal vez la clavícula... Sin embargo, Sullivan tenía fracturados los dos brazos, las dos clavículas, ocho costillas y una lesión importante en la espina dorsal, amén de numerosas contusiones y graves hematomas.

—¿Cuál es su opinión? —insistí, después de advertir que el médico no parecía muy dispuesto a continuar hablando.

Nuevamente dudó. Y al cabo...

—Por una vez voy a faltar al secreto profesional. Y ello porque algo me dice que Sullivan miente al afirmar que le atropelló una

motocicleta. Hablaré abiertamente. Mi opinión es que sus múltiples fracturas y contusiones son el resultado de una tremenda, concienzuda y metódica paliza —confesó.

—¿Está seguro?

—Teniente, he asistido a muchas víctimas de accidentes de circulación. Y en ningún caso había tropezado con nada igual. Se diría que quienes golpearon al señor Sullivan sabían muy bien lo que hacían. Tal vez no se proponían matarle, aunque estuvieron muy cerca de conseguirlo, sino sencillamente dejarle baldado para el resto de sus días.

Le di las gracias, muy impresionado. Y poco después me entrevistaba con Rupert Sullivan.

Presentaba un aspecto lamentable. Tenía escayolado el pecho, ambos brazos y un aparato ortopédico en el cuello que le impedía mover la cabeza. La hinchazón de su rostro comenzaba a ceder, pero todavía tenía un ojo cerrado y el párpado violáceo.

Inmediatamente compartí la opinión del doctor Bennett; aquello no podía, de ningún modo, ser el resultado de un accidente casual.

Por desgracia, Sullivan insistió en su versión de los hechos; un chico le había atropellado con una moto. Y de ahí no hubo quien le sacara, a pesar de que me esforcé en convencerle de que decir la verdad sólo podría beneficiarle.

Sullivan estaba atemorizado. Intentaba mostrarse animoso, pero no podía convencerme a mí.

Transcurrieron un par de meses. Sullivan volvió a abrir su librería, aunque caminaba encorvado y jamás volvería a ser el hombre que fue. A mí me daba pena verle pasar por la calle, renqueante, cojeando y apoyado en un bastón.

Decidí establecer una discreta vigilancia alrededor de la librería Sullivan. Y los resultados no se hicieron esperar: controlamos a dos individuos que cada semana visitaban a Rupert Sullivan. Siempre el mismo día y a la misma hora: los viernes, a las siete y media de la tarde, poco antes de que el librero cerrase su tienda.

Dentro de mi coche y valiéndome de unos potentes prismáticos, pude seguir los movimientos de aquellos dos sujetos en el interior de la librería: uno de ellos se quedaba en la puerta e impedía la entrada a cualquier posible cliente, después de colocar el cartel de «cerrado». El otro penetraba frescamente detrás del mostrador,

abría la caja registradora y contaba rápidamente la recaudación, de la que apartaba una determinada cantidad que guardaba seguidamente en un precioso maletín de cuero.

—Conque volvemos a los tiempos del proteccionismo —murmuré, dominado por la cólera.

En un segundo lo comprendí todo: aquellos individuos estaban extorsionando a Rupert Sullivan. Lo más probable era que, en principio, el librero se hubiera negado a dejarse robar. Y entonces pusieron en práctica el recurso más convincente: una atroz paliza que lo dejara baldado. Ahora Sullivan era un hombre acobardado, temeroso, acabado, que pagaría religiosamente el canon.

Yo podía haber penetrado en aquel mismo momento en la librería y detenido a los dos canallas. Pero tal acción sólo serviría, probablemente, para dejar el ovillo tremendamente enredado.

Poco después salieron los dos individuos. Tras dirigir una ojeada recelosa alrededor, se trasladaron a pie y repitieron la misma operación en otra media docena de establecimientos comerciales, tras lo cual subieron a un viejo Ford crema y se alejaron.

Cuando me decidía a seguirlos, el motor de mi coche no arrancó. Cuando al fin conseguí ponerlo en marcha, el Ford había desaparecido. Pero yo sabía ahora cuándo, dónde y cómo actuaban aquellos maleantes.

Para el viernes siguiente estaba montada una completa operación policial. Había varios coches sin distintivos emplazados en lugares estratégicos y algunos policías de paisano vigilaban la zona.

A las siete y media en punto, los dos individuos penetraban en la librería Sullivan. Sucedió lo mismo que el viernes anterior: uno de ellos se quedó en la puerta, mientras el otro llevaba a cabo la «contabilidad» de la recaudación en presencia de Rupert Sullivan. Después siguió la acostumbrada visita a otros cuantos establecimientos comerciales. Pero aquellos sujetos no sabían que dos fotógrafos de la policía tomaban instantáneas de sus rostros en todos los ángulos imaginables, mientras yo impresionaba película con mi tomavistas desde el interior de una furgoneta hábilmente camuflada.

En esta ocasión, los maleantes portaban un maletín cada uno. Y cuando terminaron su lucrativo «negocio» sucedió algo inesperado:

cada uno subió a un vehículo distinto y partieron en direcciones opuestas.

¿Sospechaban que la policía estaba observándoles? Por si era cierto, ordené a los coches que persiguieran a ambos fugitivos.

Seguí la persecución a través de mi radio emisor. Diez minutos después llegó aquel mensaje:

—Los dos coches se han introducido en el aparcamiento subterráneo del Hotel Darrill.

Advertí que me trasladaba hacia allá inmediatamente. El conserje del hotel Darrill se mostró dispuesto a colaborar. Describí a los dos individuos que buscábamos y enseguida exclamó:

—Sí, deben ser los californianos. El más alto se llama Gordon Álvarez. El otro se inscribió como Alfred Turman. Ocupan la *suite* 225 en la planta tercera.

Cuando penetramos en la 225, Turman y Álvarez tenían un revuelto montón de billetes sobre una de las camas. La sorpresa les impidió cualquier reacción violenta, aunque estaban armados con pistolas-ametralladoras «Colt» (el encargado de la planta nos había abierto la puerta de la *suite* con su llave maestra).

Rápidamente fueron desarmados y cacheados. La «recaudación» arrojaba una suma importante: treinta y tres mil quinientos dólares.

Allí mismo comenzó el interrogatorio. Gordon Álvarez y Alfred Turman confesaron en el acto:

—Alguien, a quien no conocemos, nos hizo venir desde San Diego. Nos prometieron un negocio importante: el diez por ciento de lo recaudado. No sabemos nada más. Cada viernes, a esta misma hora, contamos el dinero, apartamos nuestro diez por ciento y dejamos el resto en un maletín. Tras lo cual nos marchamos por espacio de una hora. Alguien viene y recoge el dinero. Eran las instrucciones recibidas y las hemos cumplido hasta ahora.

Sencilísimo. Álvarez y Turman estaban limpios como dos blancas palomas. Se limitaban a ejercer el oficio de cobradores a porcentaje.

—Si todo eso es verdad, lo comprobaremos rápidamente. ¿A qué hora debéis marcharos? —pregunté.

—Lo convenido es que estemos ausentes de esta *suite* desde las nueve hasta las diez de la noche, como mínimo —respondió Turman.

—Hablen con el encargado —indiqué a los detectives—. Es preciso ocultar a estos dos hombres en una de las habitaciones de esta misma planta.

Distribuí a mis policías en el vestíbulo, en las escaleras y en los pasillos. Mi excelente Art McGranger se ocultó bajo una de las dos camas y yo me introduje en el armario, una de cuyas puertas correderas me ofrecía una rendija a través de la cual mirar.

El maletín con el dinero fue depositado bajo la almohada de la cama bajo la que se ocultaba McGranger, tal como había especificado Gordon Álvarez. Cuando el copo estuvo organizado, miré mi reloj; eran las nueve menos cuarto de la noche.

La espera duró exactamente veinticinco minutos. No puedo negar que me sentía muy excitado. Tanto que tenía que esforzarme en contener mi respiración, demasiado ruidosa.

A las nueve quince se oyeron unos pasos y el rumor de una conversación a media voz. Luego chirrió una puerta y a mis ojos aparecieron... los atildados Basil Brooks y Dick Young.

Acababan de abrir el maletín de cuero, cuando descorrí la puerta del armario y dije en voz alta:

—Buenas noches, señores. Celebro conocer, en todo su alcance, la índole de sus negocios.

Ambos quedaron rígidos, pálidos y sorprendidos. El impulsivo Young se llevó la mano derecha a la axila, pero para entonces Art McGranger aparecía por encima del lecho y les encañonaba con su revólver.

Brooks y Young trataron de hacerme una escena, pero no se lo permití. Por otra parte, en aquel momento entraron en la habitación el resto de mis detectives.

—Es usted un estúpido, teniente —dijo Brooks, cuando le esposaban—. ¿Cómo se le ocurre desbaratar nuestro negocio cuando usted también estaba lucrándose de él?

Ahora fui yo el que palideció. Malhumorado, ordené que los detenidos fueran trasladados a la comisaría. El propio comisario Scott estaba allí cuando llegamos.

Las pruebas fueron depositadas sobre su mesa. Fue entonces cuando los dos socios me miraron con ira mal contenida:

—No escapará indemne de esto, teniente. Se lo juramos. Usted se guardó nuestro dinero y ahora nos hace detener...

Scott me interrogó con la mirada.

—No sé nada —exclamé, violento—. No he recibido ningún dinero.

Brooks dejó escapar una risita sardónica.

—No, ¿eh? Suponía que lo negaría, si llegaba el caso. Pero lo cierto es que cada semana, desde hace tres meses, hemos estado enviándole dos mil dólares. Por correo. Los envíos deben estar registrados en la oficina postal. Ésa es la prueba de que usted se dejó sobornar —acusó.

Scott desvió la mirada. También mis compañeros dejaron de mirarme.

Pero yo no me amilané, porque acababa de saber el secreto de todo aquel enredo.

—¿A qué dirección realizaron los envíos? —pregunté a los dos socios.

—Al número 445 de la calle 50 Oeste —respondió Young.

Mi carcajada les dejó muy sorprendidos.

—Ése es el domicilio que figura en la lista telefónica, pero hace más de noventa días que cambié de domicilio. Ahora vivo en Newark. Si es cierto que me enviaron ese dinero en otros tantos paquetes, deben estar en mi buzón —dije.

Poco después, el comisario Scott, el detective McGranger y yo nos trasladamos a la calle 50 Oeste. En el buzón postal de mi antiguo domicilio encontramos doce paquetitos de muestras dentro de cada uno de los cuales hallamos dos mil dólares. Es decir, veinticuatro mil dólares en total.

En resumen: yo jamás había recibido aquel dinero ni lo había utilizado. Por tanto no era reo de soborno.

Cuando así se demostró en el juicio algún tiempo después, Brooks y Young se miraron con cara de perro.

Sin embargo, sus expresiones se tornaron aún más tempestuosas cuando escucharon la sentencia de labios del juez: veinticinco años de reclusión para cada uno de ellos.

Como quiera que en ningún momento estuve cerca de ellos ni en el juicio ni después, no pude recibir de sus labios ninguna amenaza. Pero cuando aquel mismo día subía a mi automóvil a la salida de los tribunales, se acercó a mí un presuroso ujier.

—Teniente Tizza, ¿verdad? Uno de los dos detenidos que acaban

de ser juzgados me pidió que le entregara esta nota. Pensé que podía ser interesante para usted y por eso me apresté a hacer de mensajero. Tómela.

Desdoblé el papel. Sólo ponía una palabra: «Kaput». Pero yo entendí fácilmente que aquello suponía una amenaza de muerte.

CAPÍTULO V

Era un joven pálido, alto y desgachado, que vestía chillonas camisas a cuadros, pantalones de símil cuero y una cazadora del mismo material.

Tenía unos cabellos rubios y lisos que le caían sobre la frente y miraba descaradamente a las señoras, a las jovencitas e incluso a los niños.

Se llamaba Bob Hendrix y le conocía de antiguo. Le había detenido en una ocasión, tres o cuatro años atrás, cuando dirigía una timba clandestina instalada en un sótano abandonado. Lo peor de todo era que Hendrix estaba esquilmando los muchos centavos y los pocos dólares de chiquillos de doce o trece años, que no tenían ni la más remota posibilidad de ganar.

Yo le dedicaba una atención constante, porque sabía que, un día u otro, Bob Hendrix haría una sonada. Bastaba contemplar sus huidizos ojos descoloridos, sus chupadas mejillas y el despectivo fruncimiento de sus delgados labios, para comprender que Hendrix era un cínico irrecuperable para la sociedad.

No era ningún niño, puesto que tenía ya veintiséis años. Edad más que suficiente para haber conseguido un empleo o un modo honrado de vivir.

Le detuve cuando le sorprendí dirigiendo la timba porque uno de los premios que Bob Hendrix solía adjudicar a los perdedores como compensación eran gruesos porros de marihuana adulterada.

Pasó seis meses en un centro de rehabilitación. Seis meses que supusieron un verdadero martirio para sus educadores. Y luego volvió al barrio.

Tornó a las timbas, a las rifas ilegales y al reparto de porros, pero jamás la policía consiguió encontrarle más de dos cigarrillos de

«yerba» encima, por lo cual el juez solía dejarle en libertad tras una «tierna» amonestación.

Molestaba a las mujeres continuamente. Las acechaba en el mercado, vertía proposiciones libidinosas en sus oídos e incluso las amenazaba con una aguzada lezna de zapatero que siempre llevaba en el bolsillo.

Algunas veces le sorprendí sentado en las escaleras de acceso al mercado. Se entretenía en coser unos estuches de cuero para encendedores, que luego regalaba a los «clientes» de sus timbas. Aquel entretenimiento justificaba el hecho de que siempre llevase la peligrosa y acerada lezna en el bolsillo.

Algún tiempo después se compró una gran motocicleta europea, a bordo de la cual aterrorizaba a los ancianos del distrito, fingiendo atropellarles a toda velocidad, para, en el último segundo, frenar y derrapar espectacularmente a pocos centímetros de sus víctimas. Lo cual le valió algunos días de estancia en los calabozos de un centro de detención.

Yo le seguía a veces disimuladamente, pues no podía alejar de mi mente aquella premonición de que, antes o después, Bob Hendrix sería el protagonista de algún suceso dramático.

Durante las últimas semanas le encontraba siempre en el mismo sitio: ante la exposición de automóviles Carson. Contemplaba con los ojos brillantes un Porsche de tres litros de cilindrada, de preciosas líneas aerodinámicas. Un automóvil deportivo que podía alcanzar los doscientos sesenta kilómetros por hora.

El precio de aquel coche no era ninguna tontería: veintidós mil dólares.

Como decía, Bob dejaba transcurrir horas y horas ante los cristales del gran salón de exhibición. Permanecía en pie, inmóvil, sin pestañear, comiéndose con los ojos el carísimo Porsche. Fue este detalle, y algunas otras cosas los que, pocos días después, me permitieron llegar al fondo de un caso criminal en un espacio de tiempo increíblemente corto.

El salón, el almacén de repuestos anexo e incluso el taller de reparaciones pertenecían a Frank Karson, un emprendedor hombre de negocios de unos cuarenta y cinco años de edad.

Algunas tardes, Carson salía del garaje conduciendo un gran Lincoln Continental gris plata. Junto a él, casi siempre, iba su único

hijo: Jim, de diez años, un guapo muchacho de cabellos rubios y ojos azules.

Tres días después, consumía mi guardia nocturna en la comisaría cuando se recibió una llamada telefónica. La persona que llamaba había mencionado específicamente mi nombre.

Se trataba de Frank Carson. Su respiración agitada y sus palabras temblorosas e inconexas me permitieron imaginar que algo muy grave le había impulsado a ponerse en comunicación conmigo.

—Supongo que el caso nada tiene que ver con su distrito, señor Tizza —habló rápidamente—, pero le pido que comprenda mi inquietud. Usted conoce a mi hijo, el pequeño Jim. No le encontré esta tarde cuando abandoné mi negocio, pero no me alarmé porque supuse que habría vuelto andando a casa. Sin embargo, son las once de la noche y Jim no ha aparecido. Mi mujer y yo estamos hondamente preocupados. ¿Podría ayudarme?

Una idea comenzó a rondar mi cerebro en aquel mismo momento. Pero la deseché enseguida.

—Sí —respondí—. Deme su número de teléfono. Le llamaré más tarde.

Treinta minutos después me comunicaba telefónicamente con Carson.

—Lo siento, pero no he conseguido averiguar nada. Podemos descartar un accidente de tráfico, dentro de mi distrito. Sin embargo, he dado instrucciones concretas a los agentes de vigilancia nocturna y a los de los coches patrulla. Volveré a llamarle si hay alguna novedad. Y le pido lo mismo.

—Gracias, señor Tizza. Así lo haré —respondió.

A la una de la madrugada volvió a zumbear el teléfono. Era Carson.

—Alguien me acaba de llamar por teléfono —exclamó, muy agitado—. La voz sonaba deformada, pero creo que era una voz de hombre. Dijo literalmente: «Tengo a su hijo Jim y quiero veintidós mil dólares a cambio de su vida. Volveré a llamarle mañana y le daré instrucciones para la entrega del dinero».

—¿Sólo eso?

—Nada más. No volvió a pronunciar una palabra, a pesar de que le acosé a preguntas. Dígame, teniente, ¿qué puedo hacer? —me consultó, acongojado.

—Prepare el dinero y esté dispuesto —respondí.

Era un caso de secuestro que no entraba en mi competencia, pero Carson no había presentado denuncia a la comisaría de su distrito, lindante con el mío, así que consulté el caso con el comisario Scott, al que hube de despertar en su lecho a través del teléfono.

—Adelante —me animó el comisario—. Si cree que puede hacer algo, hágalo. Y téngame al corriente aunque... tenga que enviarle al diablo cada vez que me despierte.

Claro que yo tenía algo que hacer. Las palabras mágicas eran aquellas pronunciadas por el secuestrador: «Quiero veintidós mil dólares».

El Porsche expuesto en el salón de Carson valía exactamente veintidós mil dólares. Y si una persona deseaba comprar aquel coche por encima de toda razón, ése era Bob Hendrix.

Ordené por radio la busca y captura de Hendrix y alerté a todos los agentes de mi distrito con el único fin de detener al presunto secuestrador.

Esperé impacientemente, fumando un cigarrillo tras otro. A la una y media, llegó la llamada de un coche patrulla.

—Hendrix no ha aparecido esta noche por el dormitorio del refugio municipal —me informaron.

El sargento

O'Brien

me trajo un café negro con el que me quemé los labios. Un momento después abandonaba la comisaría después de avisar a O'Brien

:

—Pásame por radio todos los informes y avisos que se reciban en la central.

Conduje despacio a lo largo de las desiertas calles del barrio. ¿Dónde podría estar Hendrix? Era obvio que la policía habría recorrido ya todos los garitos y lupanares del barrio...

—¡La timba! —murmuré entre dientes.

Muy despacio, me dirigí a Drury Street y antes de entrar apagué los faros. Cien metros antes de llegar al lugar, estacioné el coche y seguí a pie.

La calle estaba llena de cascotes y de montones de basuras en los

que se escondían manadas de hambrientas ratas. Llevaba una linterna en la mano, pero no la encendí.

A tuestas, descendí por la escalera de peldaños de hormigón que conducía al sótano.

En la oscuridad, escuché el leve rumor de una respiración acompasada. Encendí un momento la linterna... ¡allí estaba Hendrix, echado sobre un camastro de hojas de maíz y cubierto por unos vacíos sacos de cemento!

Apagué la linterna y avancé despacio. Me bastaba la respiración, ahora agitada, de Hendrix para orientarme.

El cambio de ritmo en su respiración debió servirme de aviso. Porque cuando me inclinaba sobre él, dejó escapar un grito de rabia y saltó sobre mí como una fiera.

En la oscuridad, él veía mejor que yo y su salvaje ataque pudo costarme la vida, puesto que empuñaba la larga lezna y trató de clavármela en el corazón. Sólo mi movimiento instintivo desvió el mortífero golpe en el último momento, pero la aguda aguja de acero atravesó mi antebrazo y me obligó a exhalar un alarido de dolor.

Mi adversario gruñía como una fiera salvaje, repartiendo golpes a diestro y siniestro. Hasta que alcancé a golpearle en el cuello con el canto rígido de mi mano derecha. Entonces oí un gorgoteo estertoroso y su cuerpo dejó de presionarme.

A tuestas, palpé el piso de tierra y escombros hasta encontrar la linterna. En cuanto la tuve en mi mano, saqué las esposas, cruces los brazos de Hendrix a la espalda y le inmovilicé.

Volví inmediatamente a la calle y llamé por la radio a la central. En pocos minutos, tres coches patrulla convergieron en el callejón.

Trajeron un foco portátil con un larguísimo cable y descendimos hasta el sótano.

Hendrix había vuelto en sí y me miró con terrible fijeza, al tiempo que barbotaba insultos irreproducibles.

Una de sus frases sonó claramente en mis oídos:

—¡Cochino policía! Algún día te clavaré la lezna en el corazón —gruñó.

Examinamos el piso del sótano. Estaba endurecido de tanto pisarlo, pero en un rincón se amontonaban tablones y desechos de construcción.

—Miremos allí —propuse.

Junto al camastro de Hendrix había un enorme dibujo trazado con pedazos de tablas carbonizadas: un precioso Porsche copiado con exactitud en todos sus detalles.

Bajo el montón de escombros y tablones hallamos el cadáver de Jim Carson, desnudo.

Su pobre cuerpo estaba cubierto de puntitos sanguinolentos que correspondían a otros tantos pinchazos con la lezna. Más de una docena de aquellos puntitos se veían a la altura de su corazón, pero también los había en los ojos, en las mejillas, en el cuello y detrás de las orejas.

Con los ojos brillantes, deseé que aquella bestia que rugía en el suelo hubiera tenido un rasgo de clemencia y se hubiera decidido a acabar con la joven vida del infeliz Jim Carson antes de cubrir materialmente su cuerpo de profundos pinchazos.

El cuerpo estaba rígido y frío, lo que significaba que llevaba muchas horas sin vida. La autopsia revelaría, poco después, que Bob Hendrix había asesinado a su víctima poco después de secuestrarla. Es decir, a las siete de la tarde del día anterior.

Bob Hendrix fue examinado psiquiátricamente durante largos meses, pero el equipo de famosos psicoanalistas y psiquiatras le encontró cuerdo. Fue hallado, por tanto, culpable de secuestro y asesinato en primer grado y condenado a muerte. Posteriormente el gobierno le indultó la última pena por la de reclusión a perpetuidad.

CAPÍTULO VI

Conocí a Jenny Garland cuando me hallaba ocupado en la investigación de tres famosos pillos, llamados Adam Eagle, Torn Harding y Bill Keyes.

Refiriéndome a Jenny, debo reconocer que pasó por mi vida cómo una ráfaga de viento de marzo. Así fue Jenny para mí: mitad como un soplo de brisa floral, mitad como el viento helado que en marzo suele soplar desde el norte.

Era una mujer maravillosa, cuyo recuerdo trae, a veces, un sabor agri dulce a mis labios.

Muy joven, delgada, casi impalpable, esbelta y graciosa. Su piel tenía un tono rosado propio de un pétalo de flor, y sus ojos eran oscuros, tan grandes que destacaban poderosamente en aquel rostro delgado y juvenil. Sabía fruncir los labios en un mohín subyugante y sus manos eran tan suaves como el roce de la seda.

Jenny y yo íbamos a casarnos en la segunda quincena del mes de marzo, pero algo lo impidió: fue el día en que detuvimos a Eagle, Harding y Keyes, Sociedad Limitada de Estafadores.

¿Que cómo conocí a Jenny? Fue... un encuentro muy romántico.

Aquella noche abandoné temprano la comisaría, camino de Newark. Eran las ocho exactamente.

Conducía mi coche ante la bolera Golden Arch, cuando vi a la guapa chiquilla que corría desaladamente por la acera, seguida de dos corpulentos mocetones.

Ante mi vista, uno de ellos alcanzó a Jenny, la tomó por los hombros y, de un brusco tirón, desgarró su vestido de arriba abajo.

En principio no pensaba intervenir, pero cuando vi aquello me decidí. ¡Jenny parecía tan desvalida con sus prendas íntimas al aire, y retorciéndose patéticamente sobre sí misma para cubrir su

desnudez...!

Pisé el freno y bajé del coche. De un tirón, eché a rodar por los suelos al hombre que forcejeaba con Jenny, pero el otro abrió las piernas en compás y sacó una enorme navaja.

Me previne a repeler su agresión. Tuve miedo, lo confieso. Para mi asombro, sin embargo, el forzado individuo cerró la navaja y se la guardó en un bolsillo del pantalón.

—Gracias por perdonarme la vida, amigo —dije con pésimo sentido del humor. Y bajé la guardia, suponiendo que el peligro había pasado.

—No seas fantasma, viejo —dijo entonces el de la navaja—. Si he guardado el acero es porque me basta con los puños para romperle la cara a un tipo como tú.

Y tenía razón. Antes de que terminara de hablar, me atizó un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que me tiró por los suelos.

Al caer, mi placa rebotó sobre los adoquines. Aquel tipo debió reconocer mi credencial, porque se retiró inmediatamente y pronunció algo entre dientes que no entendí.

Atontado, me incorporé, recogí mi placa y miré a aquellos dos individuos.

Luego me volví. Jenny temblaba de frío y de vergüenza. En un gesto impulsivo, me quité la chaqueta y se la ofrecí para que se cubriera con ella.

—Suban al coche —dije a sus agresores—. Vamos a dar un paseo hasta la comisaría.

Pero, para mi sorpresa, la muchacha se apresuró a interceder por ellos.

—No lo haga, por favor. Se lo ruego... No ha sido nada importante. Sólo querían que yo bailara con ellos. Accedí y luego me negué. Quizá fui coqueta... Creo que sólo yo tengo la culpa —dijo, desviando la mirada, avergonzada.

Dudé. No me importaba demasiado el puñetazo recibido, pero aquellos dos tipos me parecían demasiado peligrosos.

—Son marineros con permiso —insistió Jenny, suplicante—. Pasan meses enteros en alta mar, sin ver a una mujer. Y luego...

—Está bien —decidí—. Márchense. Si les vuelvo a ver por el distrito, les detendré.

El que había desgarrado el vestido de Jenny guardó un rollo de

billetes en el bolsillo. Luego los dos se marcharon aprisa y desaparecieron.

—¿Quiere que la lleve a algún sitio? —pregunté a Jenny.

—Sí, por favor; lléveme a casa —respondió, turbada.

Vivía en una residencia de Hill Square. Por el camino me explicó que trabajaba como modelo fotográfica en una agencia de la Segunda Avenida y sus padres vivían en Eldom Jones (Montana).

Fue un amor fulminante, volcánico.

A lo largo de los siguientes cinco días, soñé cada noche con la esplendente silueta de Jenny Garland semidesnuda.

Durante un par de noches, estuve recorriendo las boleras y clubs de baile de mi distrito con la secreta esperanza de encontrarla, de verla.

Sus largos cabellos negros, su cara de niña y su cuerpo de mujer se habían grabado profundamente en mi cerebro y en mi corazón.

Entretanto, hube de ocuparme de aquel asunto del incendio en el almacén de Drury Street.

Era un negocio dedicado a efectos navales de segunda mano. El almacén proveía a pequeños patrones de pesca, a propietarios de remolcadores y otras embarcaciones de pequeño desplazamiento.

Era un negocio boyante, a pesar de su modestia. Los propietarios eran Adam Eagle, Torn Harding y Bill Keyes, tres perfectos desconocidos que habían venido a instalarse en el distrito pocos meses antes.

Una noche el almacén se incendió. La mayoría de las existencias eran combustibles, por lo cual todo ardió como una tea, antes de que las brigadas de bomberos pudieran impedirlo, puesto que, por desgracia, el incendio se declaró ele madrugada.

Nada hubiera justificado, quizá, la intervención de la policía, si entre los renegridos cascotes no se hubiera encontrado el cadáver calcinado de una persona, que poco después pudo ser identificada: se trataba de Arnold Través, cincuenta años, dependiente del almacén, empleado de los propietarios.

Interrogué a Eagle, Harding y Keyes, y quedó establecido que Arnold Través se había quedado la noche anterior en el almacén cuando el negocio se cerró al público, con el fin de ordenar y clasificar algunos de los objetos.

—Fue esa maldita estufa de gas que Arnold usaba para

calentarse. Era demasiado vieja y algunas veces soltaba llamaradas. Se lo advertí, pero él respondía que necesitaba calentar sus viejos huesos. ¡Y he ahí el resultado...!

Había una póliza de seguro contra incendios que cubría el siniestro por un total de ochenta mil dólares.

—Una porquería —opinó Adam Eagle—, puesto que las existencias que había en almacén en el día de la fecha en que se produjo el incendio valían más de doscientos mil dólares. Aquí puede comprobarlo, teniente.

—¿Cómo es que se salvaron los libros de contabilidad? —pregunté, estupefacto, cuando Eagle me los mostró hojeándolos.

—Un verdadero milagro —respondió su socio Torn Harding—. Tenemos un contable que se ocupa de llevar los libros. Esa tarde se los llevó a casa para realizar unos asientos. Y así se salvaron.

Las cosas parecían bastante claras. Y, por otra parte, el cuerpo calcinado del pobre Arnold Través no permitía ir mucho más allá.

Aquella tarde recorrí los bares y cafeterías. Llevaba la imagen de Jenny grabada en mi memoria, cuando se acercó a mí un anciano llamado Galler, que tenía un puesto de verduras en el mercado de Old Market.

—Quiero hablar con usted, teniente —dijo en un susurro—. Pero no aquí; podría oírnos alguien. Salgamos a la calle.

Abandonamos el local y caminamos despacio hacia King Green.

—¿De qué se trata, señor Galler? —pregunté, curioso.

—Arnold Través y yo éramos viejos amigos, ¿sabe? Durante los últimos días se mostraba muy nervioso. Como le conozco bien, le pregunté. Hube de insistir varias veces antes de que se confiara a mí. ¿Sabe qué dijo? Había escuchado a sus jefes en el tabuco que utilizaban como oficina... «Estaban planeando prender fuego al almacén», confesó. Estaba preocupado. «Si queman el almacén, me quedaré sin trabajo», me dijo. «Y soy ya demasiado viejo para encontrar una nueva colocación», añadió... Y eso es todo. He dudado mucho antes de dar este paso, teniente Tizza. Me preguntaba si Arnold no habría interpretado mal alguna frase de sus patronos. Pero lo cierto es que ahora mi buen amigo Arnold está muerto. Sufrió un final horrible. Y por todo eso, decidí venir a hablar con usted... Sé que Arnold era mi amigo y pensé que a usted le interesaría saber lo que él me dijo —me explicó.

—Ha hecho muy bien, señor Galler —respondí—. Le ruego que no hable a nadie de esto. Yo me ocuparé de comprobarlo todo.

Volví a la comisaría. El sargento

O'Brien

me miró con una expresión un tanto extraña y misteriosa y dijo:

—Tiene una visita, teniente. Femenina. Le espera en su despacho.

Por el tono que había utilizado el sargento, adiviné que no se trataba de una cuestión profesional. Y el corazón me dio un vuelco... ¿Jenny?

Era ella. Se puso en pie en cuanto me vio entrar. Sobre el regazo tenía mi chaqueta, cuidadosamente plegada.

—Buenas tardes, teniente Tizza —dijo tímidamente—. Vine a devolverle su chaqueta y a darle las gracias por su gentileza de hace unos días.

La emoción me sacudió de pies a cabeza. Me acerqué despacio para tomar la chaqueta que ella me ofrecía, pero mi mano rozó la suya y advertí el leve temblor de su epidermis.

No sé cómo pudo ocurrir, pero un segundo después estábamos abrazados y nos besábamos locamente.

—¡Jenny, Jenny, he pensado tanto en ti...!

—Lo mismo me ha ocurrido a mí. No podía dormir, me sentía llena de ansiedad. Por eso he venido aquí, John. La devolución de tu chaqueta sólo era un pretexto —confesó.

—Jenny, pequeña, por fin te encontré —murmuré enfebrecido. Y aspiré el aroma de sus cabellos con íntima satisfacción—. No volveré a dejarte escapar.

—Pero, John, si querías verme ¿por qué no me visitaste en la residencia de Hill Square? —exclamó ella, admirada.

—No lo sé... —respondí, confuso—. De alguna forma, yo esperaba que tú aparecieras como lo has hecho hoy. Pero ven, deja esa chaqueta ahí. Quiero que salgamos a la calle.

O'Brien

sonrió, irónico, al vernos cruzar el cuerpo principal de la comisaría. Corríamos como dos chiquillos por el pasillo y salimos a la calle como dos colegas liberados de la disciplina de la escuela.

Nos besamos en el interior del coche, en cualquier rincón oscuro, nos apretábamos el uno contra el otro con desesperación,

con ansia, con frenesí.

Jenny reía gozosa. Y, al reír, chispitas de plata brillaban en el fondo de sus ojos oscuros, inmensos.

—Vamos, te llevaré a mi casa, prepararemos unos bocadillos y algo de beber. Te gustará —propuse.

—¿Será correcto? —murmuró ella, frunciendo los labios en aquel mohín infantil que tanto me gustaba.

Reímos como locos, volvimos al coche y nos trasladamos a Newark.

Jenny avanzó tímidamente cuando abrí la puerta y la impulsé hacia dentro con suavidad.

Cerré la puerta y la miré. Sus ojos se posaron en los míos. Como el imán atrae al hierro y al revés, así luimos acercándonos despacio el uno al otro.

Nos acariciamos intensamente hasta llegar al éxtasis. Luego tomé a Jenny de la mano y la llevé al dormitorio: ambos sabíamos exactamente lo que necesitábamos en aquel momento.

* * *

Eagle, Harding y Keyes me sorprendieron mucho unas pocas semanas después. Sin perder paso, los tres socios habían alquilado una gran nave industrial en Westland Street y pocos días después volvía a funcionar su negocio de efectos navales.

El día anterior a la apertura, un camión estuvo efectuando viajes y más viajes cargado de material. El destino era el nuevo almacén de Westland Street, pero ¿de dónde traían toneladas y toneladas de efectos navales usados?

Como aquel asunto me intrigaba, seguí al camión en uno de sus viajes de regreso en vacío. Llegué, así, hasta un viejo y destartado almacén de la calle 78. Esperé pacientemente a que cargasen el camión. Cuando el vehículo desapareció, penetré en el tinglado, mostré fugazmente mi placa a los cargadores y les pregunté a quién pertenecía el almacén y las mercaderías.

—Eagle, Harding y Keyes —me respondieron.

Uno de ellos me explicó que el material que estaba llevándose el camión, había sido depositado en el tinglado de la calle 78 tres semanas antes. ¡La fecha coincidía exactamente con la anterior a

aquella en que se produjera el incendio del negocio de efectos navales de los tres socios!

Tuve una premonición y llamé por teléfono a la compañía de seguros.

—Investiguen a Eagle, Harding y Keyes. Me temo que les hayan hecho objeto a ustedes de una importante estafa —advertí.

Les expliqué en qué me basaba para llegar a tal afirmación. Posiblemente las existencias que ahora transportaban a la flamante nave de Westland Street, habían sido sacadas clandestinamente del almacén de Drury Street, antes de que los tres socios prendieran fuego deliberadamente al mismo... con el fin de cobrar el importe de la póliza de seguros.

—Le agradecemos su aviso, señor Tizza. Y le prometo que le tendremos al tanto de nuestras investigaciones —contestó el gerente.

Aquel día volví a Newark a mediodía, pues me sentí ansioso por pasar el mayor tiempo posible en compañía de mi adorada Jenny.

Habíamos decidido casarnos. Por tanto, ella había accedido a vivir en mi casa de Newark.

Cuando llegué, Jenny me recibió cariñosamente. Parecía muy ilusionada. Había escrito una larga carta a sus padres en la que les explicaba muchas cosas, y les pedía permiso para contraer matrimonio con John Tizza, teniente del Departamento de Policía de Nueva York.

—¡Oh, John, mis padres están muy contentos! —exclamó, mostrándome una carta que sacó rápidamente de un sobre—. Mis padres se muestran encantados de que me case con un hombre tan importante como tú.

Me obligó a leer la carta y luego me besó tan apasionadamente que de nuevo nos vimos retozando en la cama.

—¿Cuándo, John? ¿Cuándo nos casaremos? —preguntó con ansiedad.

—Dentro de un par de días. He hablado ya con el comisario; podré disponer del permiso en cuanto quiera. Hoy mismo sacaré la licencia. ¿Qué te parece?

—¡Maravilloso! —exclamó ella. Y me besó tiernamente.

Volví a Nueva York una hora después. El resto de la tarde lo invertí en llevar a cabo algunas gestiones relacionadas con la

sociedad Eagle, Harding y Keyes.

Averigüé que el contable de la firma se llamaba Hopper. Era un oscuro administrativo que padecía de asma, reuma, hipercloridia y qué sé yo cuantas dolencias más.

Sus enfermedades le impedían realizar un trabajo fijo para alguna importante empresa, por lo cual se dedicaba a llevar los libros de contabilidad de varios negocios de escasa importancia.

Tenía gran interés en hacer algunas preguntas a Hopper, pero no pude hablar con él hasta el día siguiente. Le encontré en su domicilio de Bound Lane, un ático ruinoso, cuya escalera chirriaba quejumbrosamente al ascender cada peldaño.

Hopper era, además, sordo. Así que me cansé de aporrear la puerta inútilmente hasta que me di cuenta de que la entrada estaba libre. Crucé una angosta habitación abarrotada de viejos muebles y cuadros ovalados y al fin le hallé en un cuartucho oscuro, rodeado por tres gatos que me miraron con hostilidad.

Hopper no demostró gran sorpresa por la irrupción de un intruso en su casa. Le expliqué quién era y mis deseos de hablar con él acerca de la muerte de Arnold Través.

Su tranquilidad desapareció enseguida. Su viejo esqueleto comenzó a temblar y a estremecerse de forma notoria.

—Supongo que no estará usted involucrado en ese feo asunto del incendio —grité en su oído.

—¡No, no, por amor de Dios! —exclamó enseguida, muy agitado—. En realidad, yo... creo que debiera... haber dado cuenta a... la policía.

Respiré profundamente. Hopper sabía algo, parecía claro.

—Ahora está delante de un policía. Será mejor que hable antes de que las cosas se compliquen —torné a chillar junto a su peluda oreja.

Me dijo que Eagle, Harding y Keyes le pagaban una cochinada por su trabajo, y que, en conciencia, no se sentía empujado a callar por nada del mundo. Aseguró que estaba dispuesto a declarar cuanto sabía.

—Cuando entré en el almacén para recoger los libros...

—¿Alguien le encargó que recogiera los libros ese día? —pregunté, de repente, impulsado por no sé qué recóndita idea.

—Tiene razón —afirmó Hopper, excitado—. Yo solía recogerlos

los sábados por la tarde, pero el señor Harding me envió aviso para que fuera a por ellos el miércoles. Adujo que iban a recibir una importante partida de nuevos géneros y quería saber con qué existencias contaba en almacén.

—Siga —le animé, satisfecho.

—Estaba oscuro y tuve que tantear con mi bastón para no caer. Golpeé en el mostrador, pero nadie acudió. Entonces escuché un gemido... Poco después apareció el señor Keyes, que llevaba una lata de petróleo en la mano. Pareció muy sorprendido al verme, pero enseguida salieron Harding y Eagle. «Dale los libros de una maldita vez y que se vaya», barbotó Eagle, que se limpiaba las manos con un pedazo de algodón. Me dieron los libros y me marché. Eso es todo lo que sé, señor Tizza.

—¿Estaría dispuesto a repetirlo ante un tribunal? —le pregunté.

—Desde luego —asintió.

Le di las gracias y me despedí de él.

Desde Bound Lane me trasladé al Palacio de Justicia para obtener mi licencia de matrimonio. Luego visité algunas tiendas y compré un vestido y algunas otras cosillas para Jenny.

—Esta tarde —le dije cuando me despedía de ella en Newark, tras el almuerzo.

—Esta tarde, amor mío —repitió ella con cálida voz.

Esa tarde, la compañía de seguros me llamó a comisaría.

—Soy Torn, el gerente, teniente Tizza. Usted tenía toda la razón. Tenemos un *dossier* completo sobre esos tres granujas, Eagle, Harding y Keyes. Han estado estafando a docenas de aseguradoras a lo largo y lo ancho del país. Sus métodos son siempre los mismos: alquilan un almacén, lo llenan de géneros, consiguen que todo esté en orden, dentro de la Ley. Al cabo de poco tiempo, el almacén es devorado por el fuego.

Antes, subrepticamente, han retirado el grueso de las mercancías, que depositan en algún lugar distante. Y la compañía de seguros se ve obligada a pagarle diez veces lo que han perdido.

—Muy bien. Eso es lo que quería saber —respondí.

—Estamos esperando su parecer para denunciarles —dijo Torn.

—¡No! Hay un posible asesinato por medio. Dejen las cosas en mi mano. Yo lo organizaré todo de forma que esos maleantes vengan a parar a nuestra red. No se preocupen, les mantendré

informados —prometí.

—En usted confiamos —respondió Torn.

Enseguida me entrevisté con el comisario Scott. Le expuse claramente el asunto y le pedí un mandamiento judicial para detener a los tres socios.

Fue muy difícil. El juez argüía que no existían pruebas claras contra Eagle, Harding y Keyes. Pero Scott puso en sus palabras todo el poder de convicción necesario para que a las seis de la tarde dispusiéramos del mandamiento que precisábamos.

Era demasiado tarde para marchar al juzgado a contraer matrimonio. Llamé, pues, a Newark y le expuse el problema a Jenny. Al principio, ella se mostró notoriamente contrariada, pero finalmente cedió.

—Al fin y al cabo —dijo, con cierto sentido del humor—, he tenido que esperar veintiún años para encontrarte, John. Si no hay más remedio, esperaré un día más.

—¡Bravo! —exclamé—. Estaré contigo en cuanto termine este asumo —le prometí.

Reflexioné durante unos minutos. Yo era consciente de que ni el testimonio de Will Galler ni el del contable Hopper bastarían a un jurado para convencerles de la culpabilidad de los tres socios como reos de asesinato. Así, pues, era preciso urdir un plan lo suficientemente inteligente como para obtener pruebas irrefutables.

McGranger y yo nos trasladamos a la cafetería
Harper's

, próxima al almacén de Westland Street. Eran las ocho de la noche.

Dije a Art que me pidiera una cerveza y entré en la cabina telefónica. Marqué el número del nuevo almacén de efectos navales y enseguida escuché la voz de Adam Eagle.

—¿Podría hablar con el señor Keyes? —pregunté.

—Espere —respondió el siempre malhumorado Eagle.

Poco después, Bill Keyes se ponía al aparato. Le había escogido a él porque me pareció el más blando de los tres socios.

Imité la voz del contable y dije:

—Keyes, ¿verdad?... Ag... Quiero hablar con usted, señor Keyes. Pero con usted solo, ¿eh? Ag... ¡Este maldito asma!

—¿De qué se trata? —preguntó Keyes con un trémolo de inquietud.

—Nada importante... Ag... Pero es algo que le ataña a usted solo. Por tanto, no diga nada a nadie. Si le interesa, estaré en la sala de billar de la cafetería

Harper's

. Ahora está desierta.

—¡Hopper! —Keyes había caído en la trampa—. ¿Es usted, verdad?

—Sí, soy Hopper... Ag... ¡Maldito asma! ¿Va a venir entonces?

—No sé... Veré. Pero ¿qué diablos tiene que decirme?

—No voy a hablar por teléfono. De modo que si le interesa, ya sabe dónde estaré. Sólo hasta las nueve, ¿entendido? Ag. ¡Maldita asma!

—I... iré. Espéreme —acordó Keyes.

Volví a la barra, di instrucciones a McGranger, bebí la cerveza de un sorbo y me dirigí a la sala de billar situada al fondo. McGranger quedaría vigilando en la barra del bar la llegada de Bill Keyes.

Transcurrió media hora. Cuatro mozalbetes penetraron en la sala, pero les convencí rápidamente de la necesidad de que me dejaran el campo libre.

Cinco minutos después se movieron las puertas batientes y apareció el delgado Keyes, que dirigió una ojeada a la desierta sala y se agitó, nervioso.

Yo estaba detrás de la puerta y sólo tuve que apoyar mi revólver en su espalda y empujarle sobre una de las mesas de billar. Rápidamente le cacheé, pero iba desarmado.

—Queda detenido —le advertí. Y le mostré sobre la mesa la orden de detención firmada por el juez.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Keyes, tembloroso.

—Del asesinato de Arnold Través —declaré.

—Pero ¡no fui yo quien le mató, fue...! —gritó, descompuesto. Pero se interrumpió bruscamente al comprender que había ido demasiado lejos.

—¿Quién? ¿Quién fue? —Le acosé, sin darle un respiro.

—No lo sé, no lo sé... —murmuró, mientras se tomaba tiempo para pensar—. Yo... me refería a otra cosa.

En aquel momento, como habíamos quedado, Art McGranger penetró en la sala.

—Acaban de detener a Eagle y a Harding, teniente —habló con tono impersonal—. Ambos han acusado a Keyes del asesinato de Arnold Través.

Bill Keyes palideció.

—¡No, maldita sea, no! —estalló, al fin—. ¡No fui yo quien lo hizo! Yo sólo prendí fuego al almacén.

—En tal caso, ¿quién mató a Través? —pregunté, sin darle tiempo a pensar.

—Fue Eagle —confesó con un suspiro—. El viejo nos espiaba, supo que íbamos a darle fuego al almacén y temió quedarse sin empleo. Quizá todo se hubiera arreglado si hubiéramos ofrecido seguridades a Través, pero Eagle insistió en que había que eliminarle desde el momento en que Arnold conocía nuestro plan. Cuando estaba colocando unos artículos en los estantes de la trastienda, Adam llegó por detrás y le golpeó en la cabeza hasta matarlo. Luego prendimos fuego al almacén, tras rociarlo todo de petróleo...

CAPÍTULO VII

Jenny y yo nos casamos al día siguiente. Fue una ceremonia íntima, a la que sólo asistieron los testigos, el comisario Scott y su esposa, Art McGranger, el sargento

O'Brien

y unas pocas personas más.

En cuanto terminó el almuerzo que siguió a la ceremonia, Jenny y yo tomamos un *jet* que nos llevó a Los Angeles. Gozamos allí de una semana espléndida y seguimos viaje a las Hawaii, donde consumiríamos el resto de nuestras vacaciones.

Fueron treinta días maravillosos, plenos de dicha y de amor. Jenny y yo nos habíamos entregado por completo el uno al otro y nuestra existencia suponía un continuo éxtasis amoroso.

Fuimos a bailar unas pocas veces. A mí me sorprendía sobremanera la elegancia de que Jenny daba muestras siempre. ¿Era consecuencia de su aprendizaje como modelo, de los costosos trajes que ella poseía o quizá una virtud innata?

Lo cierto es que yo la admiraba profundamente. Cuando pensaba en ella, me consideraba un hombre afortunado. Casi me parecía un milagro que una mujer tan hermosa y brillante como ella hubiera venido a unirse con un simple policía como yo.

Las vacaciones se fueron en un vuelo. A Jenny le quedaba la nostalgia de las doradas tardes de Honolulu y Maui, y a mí me ocurría otro tanto, aunque de antemano sabía que aquello solo suponía un paréntesis en las largas jornadas de trabajo profesional.

Volvimos a Nueva York a finales de abril. Precisamente cuando eran juzgados Eagle, Harding y Keyes. El fiscal me citó como testigo y hube de acudir al Palacio de Justicia el día que se vio la causa.

El jurado, finalmente, les declaró culpables. Y el juez les

condenó a treinta años de reclusión.

Desde el banquillo de los acusados, Eagle, Harding y Keyes no me perdieron de vista en todo el tiempo que duró el juicio. No murmuraron una sola palabra, pero yo supe interpretar el sentido de sus expresiones malévolas: me odiaban y procurarían tomarse en mí cumplida venganza.

* * *

La felicidad que disfrutábamos Jenny y yo sólo duró tres meses.

En mayo empezó a quejarse: pasaba demasiadas horas sola, se aburría terriblemente en el cómodo apartamento de Newark. Soy un hombre comprensivo y le animé a salir, a divertirse, incluso apunté la idea de que ella podría tomar algún trabajo que viniese bien con sus aptitudes.

Que Jenny no quería trabajar lo comprendí poco después: perdí muchos de mis ratos libres para buscarle un empleo de bibliotecaria, que no aceptó; otro de recepcionista en la Cámara de Comercio, que le pareció tedioso; y así hasta una docena de fáciles, cómodas y bien retribuidas ocupaciones, que ella fue desdeñando una por una.

Cuando comencé a preocuparme fue aquella noche en que regresé a Newark: Jenny no estaba en casa y eran las diez de la noche. Inútilmente busqué una nota que explicase su ausencia.

No hay que decir que esperé impaciente e inquieto hasta que, hacia las once y media, escuché el chasquido de la cerradura en el pasillo.

Jenny presentaba un aspecto lamentable: despeinada, ojerosa, pálida e insegura sobre sus piernas. En su mejilla derecha había una huella rojiza.

Me puse en pie de un salto y corrí hacia ella.

—¡Jenny! —exclamé, alarmado—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada... —murmuró con voz gangosa—. Salí a dar un paseo y entré en un bar a tomarme algo. Creo que... me ha sentado mal.

—¿Y esa señal en tu cara? —insistí, preocupado.

Me envió una tufarada de aliento alcohólico a la cara. Y me miró, insolente.

—¿Es que ni siquiera en casa puedes olvidarte de que eres

policía? —protestó, violenta.

—Sólo me preocupo por ti —respondí, afectuoso.

Tuve que sostenerla para que no se cayera.

—Jenny, has bebido con exceso.

—¿Y qué? Tú... me abandonas durante todo el día.

—No es motivo suficiente. Además... aún no me has dicho qué significa ese hematoma en tu mejilla.

—Me... caí. Sí, eso es: me caí. Cualquiera puede caerse, ¿no? —exclamó descaradamente.

La traté como a una niña díscola. Con todo amor, la llevé al lavabo, refresqué su rostro y ordené sus cabellos. De refilón, observé aquella marca en su fina mejilla. Muy extraño: semejaba la huella de dos dedos.

Le di a beber un vaso de leche fría y la obligué a tomar una aspirina. Jenny se durmió enseguida, con un sueño pesado y brumoso.

De madrugada, y entre sueños, le oí pronunciar algunas palabras inconexas.

—«... que no me toques, bobo. Ahora estoy comprometida...».

—«... único es que no tiene dinero...».

—«... ¡Que no quiero! ¡El es bueno, honrado, leal...!».

Yo no entendía una palabra de todo aquello, y supuse que aquellas frases no tenían más sentido que el de formar parte de una pesadilla.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Eran las ocho. Jenny dormía apaciblemente.

Estuve contemplándola durante largo rato. Parecía un ángel, tan finas y puras eran sus facciones.

—Te amo entrañablemente, pequeña mía —murmuré a su oído. Pero ella dormía profundamente y no oyó mis palabras.

Me lavé, afeité, vestí y desayuné en menos de media hora, como tenía por costumbre. En un bloc de notas escribí:

«Ven a verme a la comisaría. Iremos a almorzar juntos y haremos algunas compras. Así no te sentirás tan sola.

»John».

Arranqué la hoja y la dejé sobre la mesilla, de forma que Jenny tuviera que verla enseguida, necesariamente.

Luego la besé suavemente en la mejilla y me marché.

Cuando llegué a la comisaría,

O'Brien

me dio el encargo del comisario: debía presentarme urgentemente en su despacho.

Atravesé el pasillo, empujé la puerta y advertí que había dos personas con el comisario: una mujer de unos treinta y cinco años y un hombre de cuarenta.

La mujer sollozaba hondamente y el hombre se retorció desesperadamente las manos.

Scott me los presentó enseguida.

—El señor y la señora Winters. Éste es el teniente Tizza...

Estreché sus trémulas manos. La señora Winters tenía los párpados hinchados de tanto llorar.

—Vienen del depósito de cadáveres, de reconocer el cuerpo de su hija —me informó Scott—.

Mary-Jo

Winters, de trece años. Los empleados del servicio de recogida de basuras encontraron su cadáver esta mañana, dentro de un cubo metálico. El forense acaba de enviarme el resultado de la autopsia. Puede verlo.

Tomé la hoja de papel y la leí. Mary-Jo Winters había sido violada brutalmente, después de recibir un golpe en el parietal derecho, que le había producido la fractura del cráneo. Su atacante la había violado inmediatamente creyéndola muerta, pero la niña vivía aún.

Según el dictamen del forense,

Mary-Jo

se había desangrado lentamente en el cubo de basura a lo largo de seis horas, hasta morir.

Era horrible. Ahora podía entender la desesperación que reflejaban los rostros de los Winters.

—Ocupese del asunto, John. Le pido que ponga especial interés en este caso —me encargó el comisario.

Durante una hora, estuve charlando con los Winters. A mí sólo me interesaba que me hablasen acerca de

Mary-Jo

Cuando me despedí de ellos, tenía una idea bastante clara de la personalidad de la víctima: era una niña muy vivaracha y despierta, fácilmente impresionable y voluble. Era una fanática de la música pop y, desde luego, de sus intérpretes más actuales. Su madre me contó que

Mary-Jo

guardaba varios blocs encuadernados en piel con los autógrafos de sus ídolos.

—Su último bloc de autógrafos, sin terminar, ha desaparecido — me confió su atribulada madre.

Tuve un presentimiento. Precisamente por aquellos días actuaba en la *Lady Poppins* Discotéque uno de los ídolos de la música pop llamado Luke Broken. Era un joven moreno, de aspecto achulado, que imitaba descaradamente a Elvis Presley, tanto en el atuendo como en el aspecto físico. Desde luego, Broken contaba sus actuaciones por éxitos delirantes. Miles de fans le aguardaban cada noche en las inmediaciones de *Lady Poppins* con la secreta esperanza de tocar a su ídolo, aunque sólo fuese de manera fugaz.

Intenté, pues, ponerme en contacto con Broken sin darme a conocer, pero resultó imposible. Según me explicó el gerente de la discoteca, Luke Broken desaparecía durante el día y nadie era capaz de encontrarle ni comunicarse con él hasta la media hora anterior al inicio de su actuación. De modo que no habría más remedio que dejarlo para las nueve de la noche, hora en que solía aparecer en *Lady Poppins*.

A las once llamé a Jenny. El teléfono envió su llamada hasta tres veces, pero no quise insistir, suponiendo que mi esposa dormía profundamente, y colgué.

Volví a llamar a la una, a las tres y a las seis, pero Jenny no respondió a mis llamadas en ninguna ocasión. No hace falta decir que me sentía hondamente preocupado. Incluso estuve a punto de tomar mi coche y trasladarme a Newark, pero el asunto de Mary-Jo

Winters no me permitía ocuparme de mis asuntos privados.

A las nueve de la noche, me encontraba yo ante la fachada de la discoteca *Lady Poppins*, dispuesto a presenciar la llegada del famoso

Luke Broken.

Y al fin, hizo su aparición el ídolo. Tres grandes automóviles precedían a su lujoso Continental plateado. De aquellos vehículos descendieron hasta media docena de gorilas fortachones que rodearon el automóvil de Broken para protegerle de la avalancha de jovencitas enloquecidas que gritaban de forma delirante: «¡Luke, Luke, Luke...!».

Rutilante como una estrella, con un brillante mechón de cabellos sobre la abombada frente, hizo su aparición el ídolo. Con grandes dificultades, sus guardaespaldas consiguieron abrirle un estrecho pasillo en medio del tumulto y Broken penetró en la discoteca.

Eché un vistazo a los juveniles y excitados rostros de las muchachas. Las había de todas las edades: desde niñas de la edad de

Mary-Jo

, hasta «maduras» jóvenes de veintitantos.

Cuando la algarabía fue cediendo, me abrí paso y saqué una entrada. Me hubiera sido fácil entrar con la mera exhibición de mi carnet profesional, pero preferí pasar desapercibido.

En la inmensa sala, prácticamente abarrotada de un público preferentemente juvenil, enormes letras luminosas anunciaban a «Luke Broken, el excelso».

Pero a mí no me importaba la actuación del ídolo, por lo que, poco a poco, me escurrí hacia el pasillo de los lavabos. En aquel momento surgió de los potentes bafles la voz del locutor que anunciaba la inminente actuación de Luke Broken.

Ya en el pasillo, vi una puerta pequeña que debía comunicar con el rutilante escenario. Saqué de un estuche mi delgado juego de ganzúas y probé varias hojitas de acero antes de que la cerradura se abriese.

Una escalera de seis peldaños, un pasillo, un enorme cuadro de luces. Muy cerca, resonaba la voz de Broken, entre melosa y desgarrada.

Con toda suerte de precauciones, me deslicé tras el decorado. A través de una rendija, pude comprobar que cuatro de los gorilas del cantante le vigilaban desde lugares estratégicos, dispuestos a intervenir a la menor alarma.

Crucé despacio por encima de un terrible enredo de cables y

busqué el camerino de Broken.

A punto estuve de tropezar con uno de los guardaespaldas, que montaba guardia en el pasillo. Aquel hombretón de rostro impenetrable cruzó ante mí en el momento en que yo me refugiaba con toda urgencia en uno de los camerinos.

Cuando el rumor de los pasos se extinguió, volví a asomar la cabeza fuera. Se oían las voces de dos individuos que cambiaban impresiones en algún lugar próximo, pero no había nadie a la vista.

Al final del pasillo encontré el camerino del cantante. Naturalmente era el más amplio y cómodo, pero Broken le había añadido algunos detalles decorativos fascinantes, tales como una piel de tigre al pie del lecho, lujosas pieles curtidas de cebrá en las paredes, una mascarilla watusi y dos preciosas lanzas cruzadas. Había reforzado, además, las luces del tocador con dos grandes focos cinematográficos y completado el lecho con una deslumbrante colcha de brocado que brillaba como una lámina de oro.

Sin reparar mucho en aquellos detalles, registré inmediatamente el armario instalado frente al lecho.

La ropa de actuación de Broken estaba cuidadosamente colgada en las perchas. Busqué en los bolsillos, pero no hallé nada importante. Lo que enseguida llamó mi atención fue un estuche con cantos dorados. Estaba cerrado con llave, pero lo abrí fácilmente.

Al echar un vistazo a su contenido, me sentí decepcionado: allí no había otra cosa que aerosoles nasales, para la garganta, píldoras para la laringe, antibióticos, un estuche para inyecciones y todo un lote de medicinas y preparados para prevenir las afecciones de la garganta y el aparato respiratorio, algo normal, por otra parte, en el equipo de un tipo que se gana la vida haciendo gorgoritos.

Pero debajo de un estuche de antibióticos encontré un precioso bloc encuadernado en piel de cabra con aquel nombre grabado en caracteres dorados:

«Mary-Jo
Winters».

Mi corazón latió con fuerza. ¡Mi presentimiento, mi corazonada, había resultado positiva!

Abrí el bloc sirviéndome de mi pañuelo, corrí las hojas y vi el nombre de Luke Broken estampado en una de ellas. Muy nervioso, lo cerré, coloqué todo apresuradamente en su sitio, cerré el maletín

y lo dejé en el armario. Un momento después escapaba de aquel lugar.

Veinte minutos después, diez policías nos abríamos paso hacia el camerino del ídolo. Precisamente cuando Broken, en un descanso, se había retirado para cambiar su vestimenta.

Luke sufrió un ataque de nervios cuando los detectives comenzaron a registrar su armario. Pero calló como un muerto cuando le exigí que me entregase la llave de su maletín.

—¡Es... es un atropello! —murmuró, tembloroso—. ¡Me... quejaré, les... denunciaré, les... hundiré!

—Cállese —le ordené—. Ya hablará ante el jurado cuanto le venga en gana.

El comisario Scott se hizo cargo del bloc de autógrafos de Mary-Jo

Winters. Miré a Scott y adiviné que estaba realizando un tremendo esfuerzo para no lanzarse sobre Broken y acallar a golpes sus gimoteos.

Los detectives realizaron un hallazgo de importancia decisiva: bajo la hermosa piel de tigre que Luke utilizaba como alfombra, se encontraron manchas de sangre. Alguien había tratado de limpiar rudimentariamente el piso de madera, pero las tablas habían enjugado rápidamente la sangre y allí estaban las huellas de las manchas sangrientas.

Detuvimos a Broken y a sus guardaespaldas, aunque poco después quedaría establecido que los «gorilas» no habían intervenido en el asunto.

A las once de la noche y en presencia de su abogado, Luke Broken confesó. A la vista de las pruebas, su defensor le había aconsejado:

—No hay nada que hacer, Luke. Lo mejor es que confieses: sólo eso te salvará de una condena a muerte.

Desmoralizado y hundido, Broken declaró lo siguiente: la noche anterior la jovencita

Mary-Jo

Winters había conseguido deslizarse hasta su camerino...

—Quería que le firmase un autógrafo, pero yo estaba cansado del asedio constante de mis «fans». Y ella, entonces, se echó a llorar. No sé cómo pudo suceder... La miré. Y me di cuenta de que era

muy atractiva. La acaricié... ¡Me volví loco! Cogí su bloc y firmé el autógrafo que ella deseaba. Mary-Jo intentó huir entonces, pero yo estaba enloquecido y la retuve por la fuerza. Ella comenzó a gritar, a escandalizar. Entonces cogí el encendedor embutido en un pedestal de mármol y la golpeé en la cabeza. En el furor de la excitación, la violé...

Después... Había metido la cabeza de
Mary-Jo

en una bolsa de plástico y escondió su cuerpo bajo la cama, tras lo cual se dedicó a limpiar desesperadamente las manchas de sangre del piso de madera.

—No se borran del todo y coloqué allí la piel de tigre que antes tenía junto al vestidor. Cuando iba a salir, vi el bloc de autógrafos caído bajo la cama, lo recogí y lo guardé en el maletín hasta que tuviera una ocasión propicia para hacerlo desaparecer...

Terminada su actuación, encargó a sus guardaespaldas que vigilaran la entrada al pasillo de camerinos. No era más que una excusa para tener el campo libre, pues en cuanto estuvo solo sacó de su habitación el cuerpo de

Mary-Jo

y lo arrastró hasta la calle por la salida excusada de artistas.

—Había dos cubas de basura. Vacíé uno de ellos y deposité en él el cuerpo de la niña. Luego volví a mi camerino, me vestí y escapé por la puerta principal...

Firmada la terrible confesión, Broken debía comparecer ante el juez. Pero en la calle se había ido formando un grupo de padres de familia que poco después degeneró en alterada y violenta muchedumbre con una sola consigna: linchar al asesino de

Mary-Jo

Winters.

Fue el juez quien vino a entrevistarse con el detenido, por tanto, puesto que intentar conducir a Broken hasta el Palacio de Justicia hubiera revestido riesgos gravísimos, dadas las circunstancias.

Mientras esperábamos al juez, Luke me miró fijamente.

—No sé como lo ha conseguido, pero algo me dice que ha sido usted el responsable de mi ruina, teniente Tizza —murmuró. Y añadió—: Pero le advierto, no descansaré hasta verle muerto. A lo largo de cinco años he amasado una fortuna considerable y el

dinero será el medio que me permitirá vengarme. No lo olvide: usted y yo tenemos una cuenta pendiente. Yo me ocuparé de dejarla saldada.

No le di mucha importancia a sus palabras. Sin embargo, poco después supe que, en efecto, Luke Broken poseía una sólida fortuna cuyo valor total no bajaría de los diez millones de dólares.

Pensé en ello. Aunque sus responsabilidades civil y criminal menguasen en algo más de un millón su fortuna, Luke Broken dispondría siempre de más de ocho millones de dólares para cumplir su pretendida venganza.

Era imprudente, por tanto, tomar sus palabras como simples bravatas.

CAPÍTULO VIII

Muy cerca de la una de la madrugada regresé a casa.

Me imaginaba algo trágico respecto a Jenny, cuando... la descubrí durmiendo plácidamente en la cama.

Ya estaba dispuesto a despertarla para pedirle explicaciones acerca de su ausencia de nuestro hogar durante tantas horas, pero me dio lástima interrumpir su tranquilo sueño y lo dejé para el día siguiente.

En cuanto abrió los ojos por la mañana, le dije, severo:

—Te llamé cuatro o cinco veces a lo largo del día, pero no cogiste el teléfono... ¿Puedes explicarme la razón de que permanecieras todo el día fuera de casa?

—¡Oh, John, tienes razón, olvidé avisarte! —exclamó Jenny, pesadosa—. Claro que con la alegría de la visita se me pasó...

—¿Qué visita? —salté.

—Quincy y Sandra Garland, mis primos. Vinieron desde Eldom Jones, pues mi prima padece una grave alteración del metabolismo. Naturalmente, mis padres le dieron mi dirección y vinieron a visitarme. Quincy no conoce Nueva York y me pidió que les acompañara. Por desgracia, se me olvidó avisarte por anticipado. Y lo siento, John. Les dije que, probablemente, tú no estarías durante todo el día. Así que te dejaron una tarjeta...

Tomé la cartulina que Jenny me tendía y la leí. En efecto, el nombre de Quincy S. Garland aparecía impreso en ella. Debajo decía «adjunto a la dirección del Colegio Superior Washington, Eldom Jones, Montana».

Quincy había escrito unas cuantas líneas:

«Querido John: Nos hubiera gustado conocerte, pero Jenny nos ha explicado que estás muy ocupado en comisaría. Esperamos verte en nuestra próxima visita a Nueva York.

»Entretanto, te enviamos un saludo cordial.

»*Quincy y Sandra Garland*».

Dejé escapar un suspiro de alivio que sirvió para ahuyentar mis preocupaciones respecto a Jenny.

—Te lo ruego, avísame previamente cuando tengas que ausentarte de casa por algunas horas —le pedí.

Jenny me besó, mimosa, y todo quedó olvidado.

Pasaron algunas semanas. Yo iba advirtiéndolo con honda preocupación que ella gastaba el dinero de forma disparatada. Naturalmente me vi obligado a llamarle la atención.

—No soy un potentado, Jenny. Sólo gano lo suficiente para vivir sin estrecheces, pero no nos podemos permitir tirar el dinero —le dije.

—Lo comprendo —respondió, atribulada—. Ya sabes... Yo ganaba cantidades considerables con mi trabajo de modelo y gastaba el dinero a manos llenas. No te preocupes: te prometo que procuraré amoldarme a la nueva situación.

Me dolió aquello, pero no añadí ningún comentario.

Hacia finales de julio, llamé un día a Jenny para advertirle que no podría ir a almorzar por razones del servicio. Pero ella no estaba en casa.

Cuando volví, ya de noche, Jenny veía la televisión. No hice ninguna alusión a su ausencia de mediodía, esperando que ella me daría alguna explicación, pero no fue así.

Dolido por su falta de confianza, volví a llamarla desde la comisaría a diferentes horas. Jenny faltaba de casa casi todo el día.

Una noche, a primeros de julio tuvimos una escena tormentosa. Jenny había bebido con exceso y se había olvidado incluso de preparar la cena.

—Quiero saber qué está ocurriendo, Jenny —le exigí—. No voy a seguir permitiendo que te pases el día fuera de casa. Apenas te ocupas de mis cosas... ¿Es que has dejado de quererme? Si es así, lo

mejor es que aclaremos las cosas ahora mismo.

Me contempló con una mirada turbia de alcohol.

—¿Quieres que te diga la verdad? —explotó—. ¡Me oprime este ambiente, me aplasta la carencia de medios, de dinero, me asusta la pobreza! Eso es lo que me ocurre.

Ante aquella respuesta tan cruda, me desplomé sobre un sillón.

—Tú sabías que yo no era rico, Jenny. Debiste pensarlo antes de casarte conmigo. Por mi parte... creo que te he dado una vida digna, aunque no pueda ofrecerte grandes cantidades de dinero —dije.

—¡Si tú quisieras...! —exclamó ella, animada de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Otros policías se dejan sobornar, consiguen grandes cantidades de dinero a cambio de hacer la vista gorda —insinuó ella.

—Yo no soy de esa clase de policías —grité, después de incorporarme indignado—. Jamás aceptaría dinero por encubrir un delito.

—Allá tú con tus escrúpulos —respondió—. Por mi parte no pienso seguir viviendo en este mundo de estrecheces.

La miré con pena. Jenny se estaba degradando a mis ojos momento a momento.

—Haz lo que quieras —decidí—. Te amo apasionadamente, pero no voy a retenerte contra tu voluntad.

Jenny se echó a llorar y vino a cobijarse en mis brazos. Temblaba.

—¡Oh, John, John, rae siento tan desorientada! Perdóname, soy como una niña que no sabe lo que quiere —sollozó.

Cuando se hubo calmado un tanto, se apartó de mí y dijo:

—Tal vez sería conveniente separarnos temporalmente, John. Ello serviría, quizá, para hacerme ver claro sobre mis sentimientos. Nada de divorcio... Sería como una prueba.

Yo desvié la mirada, porque me sentía angustiado.

—Como quieras —respondí.

Aquella noche, Jenny durmió en la otra cama. Y a la mañana siguiente, se levantó poco después de que yo abandonase el lecho.

—Estoy decidida, John. Haremos la prueba.

Me besó fugazmente, dejándose un sabor amargo en los labios.

Tomó una pequeña maleta y se despidió.

—Te llamaré por teléfono en cuanto tenga una dirección concreta —dijo.

Quedé solo y amargado, preguntándome por qué un amor que prometía ser largo y fructífero había hecho crisis a las primeras de cambio.

Pasaron dos días, tres... Jenny no llamaba y yo me sentía como sobre ascuas, aguardando siempre el zumbido del teléfono. ¡Dios mío, qué largos se hacían los días sin su presencia entrañable...!

Una semana después me llamó por fin.

—Vivo en un edificio de apartamentos próximo a la Cuarta. He encontrado trabajo y estoy reflexionando. Demos tiempo al tiempo, John —dijo.

En vano intenté prolongar la conversación para forzar un diálogo más íntimo. Con la disculpa de que tenía que volver al trabajo, Jenny colgó enseguida.

No volvió a llamarme a lo largo de la primera quincena de junio. Entonces no pude aguantar más y fui a verla a Wallace Lane, donde vivía.

Me sorprendió que pudiera alojarse en una casa tan lujosa, con apartamentos de tres mil dólares de alquiler mensual. En el vestíbulo me detuvo el conserje que era, a la vez, el administrador del fastuoso edificio.

Le dije que buscaba a Jenny Tizza. El consultó un fichero y respondió:

—¿Garland?

—He dicho Jenny Tizza —insistí, molesto.

—No hay ninguna Jenny Tizza, pero sí una señorita Jenny Garland.

Así que ella se había inscrito con su nombre de soltera... Una nueva amargura más ni importaba.

—Da lo mismo —dije al conserje—. Es la misma persona. Quiero ver a Jenny Garland o Tizza, como prefiera.

—No puede ser —negó, tajante.

—¿Por qué?

—Escuche, amigo mío: la señorita Garland tiene una visita. Masculina, ¿me entiende?

—No, no le entiendo —repliqué, violento—. Sólo sé que quiero

ver a Jenny.

—No insista. No puede ser. Y si quiere que se lo aclare de una maldita vez le explicaré la razón: la visita de la señorita Garland es nada menos que el señor Budler Palmer. Y es el señor Palmer el que paga el alquiler del apartamento de la señorita Garland. ¿Lo ha entendido ahora?

No. En principio no lo entendí bien. Aquella verdad se negaba a penetrar en mi tozudo cerebro.

Tambaleándome, volví sobre mis pasos, seguido por la mirada entre vigilante y compasiva del conserje.

En aquel mismo instante decidí que ya no me interesaba Jenny. Eso era lo que pensaba mi cerebro, pero, por desgracia, no correspondía a mis más íntimos sentimientos.

Fue muy duro hacerme a la idea de que había perdido a Jenny para siempre. En cualquier caso, no volví a aparecer por el edificio de Wallace Lane ni intenté ver a Jenny.

Parecía demostrado que ella me era infiel. Era absolutamente preciso olvidarla.

A solas, comencé a recordar detalles al parecer insignificantes... El rollo de billetes que aquel marinero guardaba en un bolsillo de su pantalón la noche en que asaltaron a Jenny... La insistencia de ella en que dejase marchar a aquel par de bribones... El dinero derrochado a manos llenas...

Los celos me impulsaron a averiguar quién era Budler Palmer. Resultó de lo más fácil, pues todo el mundo conocía a aquel individuo en Nueva York.

Palmer dirigía importantes negocios del sector del transporte y fletaba cada año mil millones de toneladas de mercancías por avión y barco. En algunos círculos se le suponía vinculado a la mafia neoyorquina, si bien era cierto que no poseía ficha policial ni se había visto involucrado en ningún escándalo relacionado con el tristemente famoso Sindicato.

Lo que sí pude comprobar fue que Palmer disfrutaba de unos ingresos colosales, lo que le daba poder y prestigio en proporción directa a los millones de dólares que ingresaban en sus cuentas.

Pensando en todo ello, me sentí amargado, arruinado y hundido, al menos sentimentalmente. Porque, por encima de todo, seguía amando a Jenny con todas mis fuerzas.

Una tarde de primeros de agosto, volví a casa hacia las siete. Mi sorpresa fue mayúscula cuando encontré a Jenny arreglando una maceta. Había arrancado su planta de orquídeas preferida y estaba rellenando de húmeda turba la maceta.

—Voy a... plantar flores nuevas —dijo trémula. Y sonrió tímidamente.

Entré en mi dormitorio, me libré del revólver y de la chaqueta y volví al pequeño invernadero-terracea donde se encontraba Jenny.

—¿Por qué has vuelto? —pregunté, sombrío.

—Voy a quedarme. Para siempre —dijo, sin mirarme.

Giré, inquieto, me serví un chorro de *whisky* y volví con el vaso en la mano.

—Eso no es posible —dije.

—¿Por qué? —preguntó, dolida.

—No seas cínica, por favor. Has estado viviendo en el apartamento cuyo alquiler pagaba un tipo llamado Palmer. Has recibido sus regalos, posiblemente te has entregado a él. ¡Y ahora pretendes volver conmigo como si no hubiera pasado nada...!

Se echó a llorar. Jenny tenía las lágrimas fáciles.

—Has dicho la verdad. Lo que tú no sabes es que antes de conocerte a ti, conocía ya a Palmer —confesó—. Creía que estaba enamorada de él, pero ahora estoy segura de mis sentimientos... ¡Sólo puedo quererte a ti, John!

Me miró de hito en hito, suplicante.

—¿No podríamos olvidar a Palmer y rehacer nuestra vida en común? —exclamó.

Yo me sentía demasiado herido para aceptar la nueva situación.

—Me temo que sea demasiado tarde, Jenny. Has tardado mucho tiempo en conocer tus verdaderos sentimientos —dije.

—Entonces, ¿eso quiere decir que me echas?

—Francamente, me parece lo más correcto que cada uno organice su provenir por su cuenta —repliqué con rudeza.

Jenny no protestó. Limpió brevemente la terraza, colocó la maceta en su sitio, entró en el lavabo y volvió. Estaba ya vestida y se disponía a marcharse.

—¿No hay ninguna esperanza, John? —insistió por última vez.

—Ninguna —respondí terco, sin mirarla.

Una hora después de que ella se marchara, el teléfono

repiqueteó. La persona que me llamaba se identificó como doctor Lawrence, del Hospital General de Nueva York.

—Su esposa ha sido hallada moribunda en un apartamento de Wallace Lane, señor Tizza. Ha ingerido un tubo entero de barbitúricos. Ahora mismo está siendo atendida por un equipo médico, pero dudo mucho de que logremos salvarle la vida. Su estado es crítico. ¿Va a venir?

—Voy para allá inmediatamente —respondí, con un trémolo de ronca angustia.

Cuando llegué al Hospital General, Jenny acababa de morir.

No quiero describir aquí mi dolor ni la oscura desesperación de mis remordimientos.

De madrugada volví a Newark. Tratando de sobreponerme a la desesperación, busqué la dirección de los familiares de Jenny en alguna agenda, pero no encontré nada.

Llamé, pues, a la central de teléfonos de Eldom Jones (Montana), y pedí a la soñolienta operadora que me pusiera en contacto con los padres de Jenny para darles cuenta de su fallecimiento.

La telefonista consultó su listín y respondió:

—No consta más que una persona llamada Garland, ni yo conozco en esta ciudad a nadie más con ese apellido.

—¿De quién se trata?

—Señora Beatrice Garland. ¿Quiere que le comunique con ella?

—Sí, por favor —insté.

Poco después hablaba con Beatrice Garland, una mujer de voz cascada y ceceante.

No era la madre de Jenny, sino la mujer que la había adoptado muchos años atrás.

—Yo tenía ya cincuenta años y me encontraba muy sola, y sin esperanzas de tener hijos. Convencí a mi esposo y adoptamos a Jenny, cuyos padres habían muerto en accidente de ferrocarril. Jenny desapareció de nuestra casa hace siete años y desde entonces no volvimos a saber de ella —lúe su sorprendente revelación.

—¡Pero eso es imposible! —protesté—. Yo he visto con mis propios ojos la carta de sus padres, en la que la autorizaban a casarse conmigo. Y también la tarjeta de sus primos, Quincy y Sandra Garland.

—Señor Tizza, no existen tales padres, ni tampoco esos primos que acaba de mencionar. Lo que si puedo asegurarle es que Jenny poseía una rara habilidad para imitar la letra de los demás e incluso para escribir con diversos estilos caligráficos...

Colgué, poco después, consternado.

Una segunda personalidad de Jenny acababa de desvelarse para mí: su mundo, aquel mundo que había basado en falsedades, en mentiras, en engaños continuos...

Pero, por encima de todo, en aquel momento yo sólo podía experimentar una amargura: la de haber perdido a Jenny para siempre.

CAPÍTULO IX

El timbrazo del despertador estalló en dolorosos ecos en mi cabeza cuando desperté a las ocho de la mañana.

Me levanté, hice café y tragué apresuradamente un par de aspirinas. El baño templado que siguió me produjo un cierto relajamiento que apaciguó mi intenso dolor de cabeza.

Sólo había dormido dos horas, desvelado en mi afán de repasar y desentrañar los motivos que nueve criminales encarcelados podrían tener para asesinarme, ya que alguien lo había intentado por dos veces. Y digo «por dos veces», puesto que tras el atentado de la carretera a Newark, cuando el inmenso bloque de hormigón estuvo a punto de aplastarme, yo estaba seguro de que también el accidente ocurrido en la Séptima Avenida suponía un atentado contra mi vida.

Me vestí en pocos minutos y escapé a la calle. Desde que Jenny muriera, un par de meses atrás, aquella casa se me caía materialmente encima, pues me sentía incapaz de soportar la soledad y los recuerdos.

A las diez de la mañana me entrevisté en comisaría con el comisario Scott. Me miró detenidamente y se interesó por mi estado, tras lo cual exclamó:

—Vamos, suéltelo ya, John. Le veo ansioso por soltar algo que le quema el pecho.

Puse ante él una lista compuesta por nueve hombres.

—¿Qué es? —preguntó el comisario.

—Los nombres de los nueve individuos que me amenazaron de muerte antes de marchar a la penitenciaría a cumplir condena. No he pegado ojo en toda la noche pensando en ello. Algunos de esos criminales poseen recursos económicos suficientes para pagar a uno

o varios asesinos —contesté.

—Nos ocuparemos de ello. Por otra parte, yo mismo me he encargado de investigar en otro sentido.

—¿Cuál? —pregunté, intrigado.

—El conductor del camión que colisionó con su coche en la Séptima. Ahora estoy seguro de que no era tal accidente, sino el primer atentado.

—¿Y bien...?

—Anoche, la policía de Nueva York recibió la orden de buscar y detener al conductor del camión, después de que le identificamos gracias a su ficha policial. Era Dean Grover, cuarenta y dos años, procesado en dos ocasiones por transportar objetos de contrabando.

—¿Le encontraron? —pregunté.

—Ésta misma madrugada. Las hélices de un remolcador se atascaron con un cable cuando remontaba el Hudson. El cable había servido para enviar el cadáver de Grover al fondo del río, sujeto a un bloque de hormigón. Le habían matado de dos balazos en la nuca. Debió ocurrir poco después del accidente de la Séptima, pues el informe forense establece la hora de su muerte entre las diez y las doce de la mañana de ayer. El cuerpo ha quedado destrozado por las hélices, pero el rostro de Grover era reconocible. Hemos realizado ya algunas indagaciones relacionadas con Grover, pero me temo que no arrojarán ninguna luz sobre el asunto.

—¿Por qué?

—Grover alquiló el camión la tarde anterior. No se relacionó con nadie, ni tiene familiares. Por otra parte, hemos podido comprobar que alguien —quizá él mismo— manipuló en la dirección para que la barra saltara al menor giro brusco. Por desgracia, Grover no puede explicarnos ya por qué o por encargo de quién llevó a cabo el atentado.

—Bien, en ese caso voy a ocuparme de comprobar esta lista —sugerí.

Scott carraspeó.

—Mi opinión es que debe retirarse del servicio durante algún tiempo, John. Le pondré protección suficiente. O, si lo desea, puede tomarse unas vacaciones lejos de esta condenada ciudad. Tal vez le conviniese esto último —insinuó.

Era una proposición razonable que... de ningún modo podía

aceptar.

—No voy a tomar esas vacaciones, comisario. Y, por otra parte, ¿se imagina mi estado de nervios sintiéndome vigilado durante días, semanas o meses por mis propios compañeros? ¡Sería algo inaguantable!

—Le comprendo —aceptó Scott—. Pero también debe usted comprender que mi obligación es velar por la seguridad del personal a mi cargo. Así que... le permitiré cierta libertad de movimientos si acepta que Art McGranger le acompañe constantemente durante unos días, hasta comprobar esa lista.

—De acuerdo —convine, puesto que Art McGranger es uno de mis mejores amigos. También es soltero, lo que le permitía una mayor libertad de movimientos, sin necesidad de alterar su vida familiar.

McGranger colaboró conmigo de forma muy activa. Y nos llevó dos jornadas completas llegar a una comprobación decepcionante: ninguno de los nueve criminales de mi lista había tenido la menor posibilidad de organizar un atentado contra mí.

De nuestra investigación resultó lo siguiente:

Ben Jordan, que convirtió a Margaret

O'Lear

en inválida para el resto de sus días, acababa de perder la vista como consecuencia de uno de sus experimentos químicos. Dos días después, desesperado, se había colgado de una reja de su celda.

Dave Wallace, internado en un centro psiquiátrico había perdido por completo la razón y era irrecuperable, pues sufría, además, una amnesia absoluta.

Basil Brooks y su compinche Dick Young, dedicados antiguamente al seguro de protección, habían resultado sepultados bajo un alud de miles de toneladas de rocas en el campo abierto de la cantera de Smiths Rocks. El resultado había sido atroz: Young había sufrido múltiples fracturas de cráneo y vegetaba, con ambas piernas rotas, en un hospital penitenciario. Brooks no había corrido mejor suerte después de ser rescatado: rota la espina dorsal y con graves daños cerebrales, al igual que Young, seguía en el hospital desde seis meses atrás en coma profundo.

Bob Hendrix, el asesino del niño Jim Carson, se había peleado con un preso más joven, al que acosaba con sus proposiciones

deshonestas. El joven, desesperado por la insistencia de Hendrix, había terminado por apuñalarle hasta casi matarle. A Hendrix le habían tenido que extirpar un pulmón, pero padecía una infección grave en el otro. La enfermedad se mantenía en estado latente, pero Handrex estaba hospitalizado y se temía, sin esperanzas, su fallecimiento en cualquier momento.

Los tres socios, Eagle, Harding y Keyes no habían tenido mejor suerte, cuando eran trasladados a New Jersey para ser juzgados por una más de sus estafas, desde un penitenciaría del Estado de Nueva York. Harding había logrado adquirir en prisión un estuche, es decir, un tubo hueco de acero inoxidable que puede introducirse en el recto.

El tubo contenía en su interior un ingenioso artilugio electrónico, de reducidas dimensiones, pero capaz de hacer explosionar los cien gramos de goma-2

que rellenaban el resto del alojamiento cilíndrico. Es decir, podía asegurarse que Torn Harding transportaba en su intestino una peligrosísima bomba.

Torn no había pagado en balde tres mil quinientos dólares por aquel prodigio de la electrónica. En realidad, esperaba que aquel cilindro de apenas doce centímetros de longitud sirviese de llave maestra que le abriese el camino de la libertad.

La mañana en que un furgón abandonó Nueva York, los tres socios se sentían muy felices. El traslado a New Jersey serviría para facilitarles la fuga.

Su plan era muy simple: bastaría con sacar el estuche en el momento adecuado, regular el mecanismo de ignición y hacerlo explotar para destrozar el portón trasero del furgón blindado.

Cuando el vehículo se aproximaba al puente sobre el canal Payne, Harding se bajó los pantalones y con gran maestría se sacó el estuche. Lo limpió escrupulosamente, lo desenroscó y reguló el mecanismo de ignición.

Por desgracia, ninguno de los tres conocía la temible potencia del explosivo plástico. Dos minutos después, el artefacto explotó cuando el furgón cruzaba el puente.

El vigilante, que viajaba junto al conductor, fue alcanzado por un pedazo de plancha, convertido en metralla, y el vehículo chocó

contra el pretil del puente.

Cuando el conductor, tambaleante, salió de la cabina y echó un vistazo al furgón, quedó horrorizado: los cuerpos de los tres presos se amontonaban en el interior, escalofriantemente mutilados...

Tampoco el último hombre de mi lista había tenido demasiada suerte. Luke Broken, el asesino de

Mary-Jo

Winters, había perdido la voz poco después de ingresar en prisión.

En el hospital, los especialistas le examinaron y llegaron a una conclusión: Broken padecía un cáncer de garganta.

De todas formas, el carcinoma no era mortal. Convenientemente tratado, Broken podría salvar la vida. Pero cuando el cantante conoció la verdad, la desesperación se apoderó de él. Su neurosis le impulsó a tomar una decisión irrevocable: durante la noche se abrió las venas de una cuchillada. A la mañana siguiente le encontraron muerto en un mar de sangre.

* * *

Cuando terminé de redactar el informe relacionado con aquella lista de nueve nombres, me sentí horrorizado. También Art McGranger parecía fuertemente impresionado.

Aquellos hombres habían cometido tremendos errores y crímenes imperdonables, pero también habían sufrido en su piel el más feroz ensañamiento del destino.

Cuando logré superar la impresión bajo la que me hallaba, una gran interrogante se abría para mí...

Si ninguno de aquellos nueve hombres había tenido posibilidad alguna de atentar contra mi vida, ¿quién era la persona que demostraba un interés desmedido en enviarme al otro mundo?

CAPÍTULO X

Siguiendo las instrucciones del comisario Scott, Art McGranger no se separaba de mí un solo segundo. Íbamos constantemente armados y disponíamos de sendos radioemisores potentes enlazados en la misma onda de las comunicaciones espaciales.

Comíamos juntos y dormíamos en mi casa de Newark. Debo reconocer que nos alimentábamos casi siempre a base de bocadillos, pues Art es casi tan mal cocinero como yo.

Al tercer día de aquella vida en común, Art me di jo:

—Vente a almorzar a casa. Tengo una hermana que prepara la comida como los propios ángeles.

Ignoro si los ángeles tienen buenas manos para guisar, pero acepté la invitación de mi amigo con el único deseo de cambiar nuestra monótona e insípida alimentación de los últimos días.

Así que hacia la una del mediodía nos dirigimos en el coche de McGranger al nuevo barrio de Bracken, una especie de ciudad-jardín situada al noroeste de Nueva York.

Resultó que Art, además de ser un excelente camarada, tenía un padre de unos cincuenta y cinco años llamado Stephen y una hermana de veinte años, preciosa, por cierto.

Cuando ella estrechó mi mano con cierta timidez, Art golpeó mi espalda rudamente.

—Pero... ¿es que no recuerdas a Gladys? ¡Fue ella la que te entregó el premio de atletismo hace cinco años! —exclamó.

¡Cinco años...! Ahora comenzaba a recordar a aquella chiquilla pecosa, con largas trenzas, que me entregara un trofeo con un ademán tembloroso y emocionado.

Cinco años atrás, Gladys McGranger apenas era una muchachita delgada, tímida, insignificante. Pero ahora... ¡ahora era una mujer

exuberante, de grandes ojos negros, larga cabellera lustrosa y pujante belleza!

—Bien venido a casa, John —dijo ella, amablemente. Y me envolvió en una mirada cálida que aceleró los latidos de mi corazón.

Art me llevó al piso superior para enseñarme sus colecciones de sellos y cañas de pescar.

—No te sorprendas si Gladys se ruboriza cada vez que la mires —me confió, entre serio y burlón—. Yo creo que, en el fondo, ella está enamorada de ti desde que te vio ganar todas las pruebas de atletismo de aquel torneo celebrado hace cinco años.

Sonreí. Pero lo cierto era que la serena belleza de Gladys McGranger me había impresionado mucho.

Gladys subió poco después. Traía una bandeja con una botella de martini, vasos y unos entremeses. La miré fijamente a los ojos y... ¡en efecto, se ruborizó!

Art me mostró su valiosa colección de sellos. Pero, en realidad, yo prefería mirar a Gladys, que nos observaba desde el otro extremo del estudio de Art.

Luego subió el señor McGranger y los cuatro tomamos el aperitivo juntos, charlando como viejos amigos.

Art tenía razón: su hermanita cocinaba como los propios ángeles. Nos sirvió una excelente sopa de jamón, unas angulas en salsa rusa y un asado que exhalaba un aroma fragante.

Después de los postres, subimos al estudio de Art para tomar café. La amplia habitación de la planta superior era una pieza luminosa, forrada en madera, que poseía un extraño encanto.

Gladys iba y venía, siempre atenta a nosotros. Pero poco después subió la escalera con cierta urgencia.

—Hay un muchacho que quiere verte, John —dijo. Y parecía un tanto sorprendida.

Descendí y salí al vestíbulo. Al otro lado de la puerta-cristalera había un joven de unos dieciocho años. Abrí la puerta y le miré. Tenía largos cabellos lacios de color pajizo, unas facciones chupadas llenas de acné y unos ojos brillantes, llenos de ansiedad. Vestía unos pantalones tejanos, una de esas cazadoras de nylon estampadas que se adquieren por tres dólares en cualquier almacén y calzaba unas botas de baloncesto.

Debí desconfiar entonces. Por dos motivos: el primero era que nadie, excepto Art y su familia, sabía que yo me encontraba en aquella casa, y el segundo, su inquieta actitud y sus manos ocultas en los bolsillos de la holgada cazadora.

—¿Es usted John Tizza? —preguntó el joven.

Apenas me dio tiempo a asentir.

Vi brotar su mano derecha armada de una navaja automática de la que salió en aquel momento una brillante hoja de doce centímetros de longitud.

Detuve precariamente la primera puñalada avanzando mi mano derecha. La afilada hoja rasgó la palma de mi mano profundamente y me produjo un escozor insoportable.

La segunda cuchillada, que iba dirigida a mi vientre, se clavó profundamente entre mis costillas tercera y cuarta.

Un frío mortal penetró en mi pecho con la hoja de acero. Tuve un vahído y me derrumbé.

Desde el suelo, escuché el rumor de sus rápidos pasos que se alejaban. E inmediatamente el horrísono petardeo del tubo de escape de una moto.

Mi camisa se empapó enseguida de la sangre que manaba abundantemente de la herida.

Me incorporé. Quería gritar pidiendo auxilio, pero la voz no salía de mis labios.

Tambaleándome, cerré la puerta y caminé hacia la escalera que llevaba al piso superior.

En aquel momento descendía Gladys, veloz.

Vi su expresión horrorizada e incluso pude escuchar su alarido de intenso pánico.

—¡John...!

Luego mis piernas se doblaron y caí sobre los primeros peldaños de la escalera. Mis ojos se nublaron y perdí el conocimiento.

* * *

—Pudo haber sido mortal. Un poco más arriba y la cuchillada le hubiera perforado el pulmón izquierdo; un poco más abajo y le hubiera destrozado el bazo... Por fortuna, la hoja de la navaja penetró entre dos costillas sin afectar a ningún órgano interno...

Abrí los ojos.

Un médico hablaba con el comisario Scott. Al ver que volvía en mí, me dedicaron toda su atención.

—¡Magnífico! ¿Qué tal se siente, teniente? —exclamó el médico.

—Noto un extraño calor en la garganta —respondí.

—Nada importante. Se debe a la anestesia, pero se le pasará enseguida. Por fortuna, está fuera de peligro. En pocos días volverá a estar como antes... Pero les dejaré solos. Supongo que desean charlar.

Cuando el médico abandonó la habitación, Scott se sentó en una silla que había previamente aproximado al lecho.

—¿Quién era el tipo, John? —preguntó—. Gladys McGranger le ha descrito muy bien, pero quiero saber si tú le conocías.

—No. Era un perfecto desconocido. Un drogadicto, según me pareció. Sus manos temblaban y sus pupilas estaban dilatadas —respondí.

Me animó a describir minuciosamente al joven de la cazadora estampada y luego se irguió.

—Los McGranger esperan en el pasillo para entrar a verte. ¿Te sientes con ánimo para recibir una visita? —preguntó.

—Seguro que sí —intenté sonreír.

Estuvo en la puerta hasta que penetraron Stephen, Art y Gladys McGranger. Luego alargó la mano en señal de saludo y desapareció.

Art se aproximó a mí.

—No podré perdonármelo, amigo mío. Me distraje enseñándote mis tontas colecciones. Fue culpa mía... —murmuró, pesaroso.

—No digas tonterías —me encrespé—. Ese tipo me hubiera apuñalado igual si tú hubieras estado guardándome la espalda. Nadie puede prever una acción tan fulgurante como la de ese sujeto.

También su padre se aproximó a mi cama. Y oprimió cariñosamente mi mano izquierda, pues la derecha estaba vendada.

—Lo siento, John. Ese tipo nos echó a perder un día estupendo —exclamó.

Gladys me observaba, tímida, por encima del hombro de su hermano.

—Pareces muy recuperado —dijo. Y súbitamente se echó a llorar.

—Gladys estuvo a punto de desmayarse cuando te vio empapado en sangre —explicó su padre—. Pero tuvo fuerza de ánimos para llamarnos a gritos y correr al lavabo para traer compresas y vendas. Es una jovencita muy valiente, puedes creerlo.

Miré a Gladys, emocionado. También ella me miraba a través de sus lágrimas.

—Gracias —murmuré, con un nudo en la garganta—. Componéis una familia maravillosa. Sinceramente, os envidio.

Charlamos durante media hora. Cuando una enfermera les invitó a salir, Gladys se retrasó a propósito.

Yo había adivinado que ella ansiaba estar a solas conmigo para decirme algo. Y, cosa rara, también a mí me hubiera gustado permanecer a solas con ella, al menos durante unos minutos.

Aprovechando que la rígida enfermera empujaba a su padre y a su hermano hacia la puerta, Gladys retrocedió veloz, se inclinó sobre mí y me besó en los labios.

—Hasta mañana, John —dijo. Y sonrió, trémula.

Fue una agradabilísima compensación al final de un día tan azaroso.

CAPÍTULO XI

Me dieron de alta una semana después.

Art me ayudó a vestir y poco después abandonábamos el hospital.

—¿Adónde vamos? —preguntó mi amigo cuando descendíamos la escalera y nos dirigíamos al aparcamiento donde había dejado su Volkswagen.

—Llévame a Newark. Nadie ha regado las macetas desde hace diez días. Es posible que estén agostadas —respondí.

Una hora después Art detenía el vehículo ante mi casa. Eran las once de la mañana.

Cuando penetrábamos en el vestíbulo, nos cruzamos con un grueso cartero que apenas podía con su abultada cartera de correspondencia.

El hombre, se volvió desde la puerta y exclamó:

—¡Oiga! ¿Es usted el señor Tizza?

—En efecto, soy John Tizza —respondí.

—Pues, por favor, retire su correspondencia del buzón. Está lleno —dijo.

—Bien, así lo haré —convine.

El cartero tenía razón: yo llevaba por lo menos dos meses sin abrir mi buzón del vestíbulo. Busqué una llave en el bolsillo y se la entregué a Art para que extrajese los envíos postales que el cartero había ido depositando allí.

Subimos ágilmente la escalera y llegamos a la tercera planta.

Art abrió la puerta y dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Eh! ¿Qué clase de huracán ha debido pasar por aquí?

Entré. Su sorpresa era explicable: los muebles estaban derribados y destripados, las lámparas rotas o descolgadas, el piso

cubierto de papeles, documentos y objetos a cuál más heterogéneo... En fin, mi casa mostraba un aspecto desolador.

Avancé y cerré la puerta detrás de mí. Dirigí un vistazo al cerrojo de seguridad y a la cerradura: no presentaban señales de haber sido forzados.

Art avanzaba por el pasillo hacia el salón principal e iba poniendo en pie los muebles despanzurrados que obstruían nuestro avance.

Tragué saliva. No cabía duda de que alguien había estado registrándolo todo.

—Ladrones, quizá —dijo Art, volviéndose hacia mí.

Pero yo moví la cabeza en sentido negativo.

—Unos ladrones se hubieran limitado a tomar el dinero que hubieran encontrado y, en cualquier caso, a llevarse los objetos más valiosos. Créeme, Art: los ladrones no pierden el tiempo en llevar a cabo una vandálica destrucción como ésta —respondí.

Recorrimos todas las habitaciones, una por una.

En mi alcoba, el colchón estaba cosido a cuchilladas, las mesillas destrozadas, las lámparas iotas, los cajones por el suelo y el armario con los cajones roperos colgando y mis trajes y ropas tirados por doquier sin el menor cuidado.

El resto de las habitaciones presentaba un aspecto semejante: era como si una pandilla de maniáticos se hubiera ensañado con todo, hasta con el último y más despreciable enser, pues hasta el cubo de los desperdicios, en la cocina, habían volcado.

—¿Entonces...? —preguntó Art, perplejo.

—Se me ocurren dos posibilidades —dije, tratando de contener la ira que me embargaba—. O buscaban alguna cosa en particular, que quizá no encontraron inmediatamente o...

Una idea cruzo por mi mente. Corrí a mi dormitorio plise una silla en pie y me subí en ella para alcanzar a los maleteros superiores del armario.

—Lo que suponía —gruñí, colérico—. Se han llevado mi *Magnum-Parabellum*.

Guardaba la pistola en su estuche, que siempre dejaba en aquel lugar pensando en la posibilidad de que algún ratero se decidiese un día a registrar mi casa. Se habían llevado, también el estuche de cuero del arma.

Art me miró, con los brazos en jarra y una expresión de impotencia en sus juveniles facciones.

—Bien, pongamos un poco de orden en todo esto, ¿no? —exclamó.

Tardamos casi dos horas en ordenar la casa. Naturalmente, tendría que mandar a tapizar los divanes, sillones y sillas. Y comprarme un par de colchones nuevos, lámparas, etcétera.

Cuando terminamos nos sentíamos exhaustos y sudorosos.

Busque un par de cervezas en el frigorífico y bebimos en silencio.

—Lo menos que puedo hacer después del trabajo que te has tomado por mí, es invitarte a almorzar —dije a mi amigo, después de beberme media botella de un trago.

—Muy bien, acepto. Pero ¿qué comemos? —respondió, con su invencible optimismo.

—Hay un restaurante junto a la estación de servicio. Y tienen una enorme habilidad para ponerlo todo en fiambreras de plástico. Encarga dos menús abundantes, una botella de vino y alguna fruta y vuelve cuanto antes. Entretanto, yo echaré un vistazo a la correspondencia.

Ya se marchaba a cumplir mi encargo, cuando volvió desde el pasillo.

—John, no quiero inmiscuirme en tus asuntos, pero he observado que no hay ninguna ventana ni puerta forzada —dijo.

—Ya lo he visto. No sé qué pensar... Quizá Jenny, o yo mismo, perdimos alguna llave de la puerta —respondí.

—Podría ser una explicación —dijo. Y se marchó.

Bruscamente me puse en pie. Acababa de recordar que había entregado una llave de la puerta a Jenny, en el mismo momento que ella vino a vivir conmigo. La llave de Jenny debía estar en algún sitio..., pero no apareció por ninguna parte.

Raro.

La policía me había entregado los pocos objetos que Jenny llevaba en su bolso cuando murió. Pero entre ellos no estaba la llave.

Para distraer mis pensamientos, tomé el fajo de sobres y folletos que Art había dejado sobre el despanzurrado diván y les eché un vistazo.

Aparté folletos de propaganda y bonos para descuentos en la compra de detergentes, hice un montoncito con las cartas del banco y quedaron otras tres que no tenían el nombre del remitente al dorso.

Rasgué las rutinarias comunicaciones bancarias, les eché una ojeada sin mucho interés y rápidamente volví a aquellos tres sobres. Eran sobre comerciales, de aspecto vulgar. En los tres estaban correctamente escritos mi nombre y dirección, pero no constaba el nombre del remitente.

Antes de rasgar aquellos sobres, los ordené por fechas, pues estaba ya absolutamente seguro de que los tres habían sido enviados por la misma persona. El tipo de letra era idéntico: una máquina de escribir portátil había sido utilizada para aquel fin; la separación entre los tres renglones de la dirección era milimétricamente exacta y la «a» de Tizza aparecía siempre emborronada por los sedimentos de la cinta.

La primera tenía el matasellos del 10 de agosto, la siguiente era del trece del mismo mes y la última del veinte.

Rasgué el primer sobre y saqué una sencilla hoja de papel. Sólo dos líneas mecanografiadas.

«Sabemos que tiene el alijo. Le daremos instrucciones para que nos lo devuelva».

El segundo sobre —trece de agosto, tres días después— era un tanto más extenso. Decía:

«Haga un paquete sólido con el alijo, vaya a la estación de autobuses de Grant Street y deposite el paquete en la caja-consigna número 233. Váyase inmediatamente o morirá acribillado. Siga estrictamente las instrucciones».

Rasgué, impaciente, el sobre número tres.

«Último aviso. Entregue el alijo. Es nuestro. A

cambio de su devolución, recibirá inmediatamente

10 000

dólares, que serán depositados en su buzón. No volveremos a comunicarnos con usted. Es su última oportunidad».

Cuando terminé de leer y releer los tres mensajes me sentía muy confuso. Alguien hablaba de un alijo —de no sé qué— que se suponía en mi poder y que debía ser muy valioso como para que me ofrecieran un premio —

10 000

dólares nada menos— si lo devolvía, y un castigo —la muerte, de forma implícita—, si me negaba a depositarlo en la caja-consigna-233 de la estación de autobuses de Grant Street.

Un verdadero galimatías, sin duda.

Algo había seguro, no obstante: que aquellos individuos habían intentado asesinarme por tres veces consecutivas, al no obtener de mí una respuesta positiva.

Pero yo no era culpable, puesto que no tenía en mi poder ningún alijo, ni siquiera había leído los anónimos de aviso que ahora tenía ante mis ojos.

En aquel momento zumbó el timbre de la puerta.

Debía ser Art, que regresaba con nuestra comida, pero, como elemental medida de precaución —después de tres graves atentados—, saqué mi revólver, corrí a la puerta y sólo abrí cuando contemplé el rostro de mi amigo a través de la diminuta lente de la mirilla.

—Quiero que veas esto —dije, tendiéndole los tres sobres.

Dejó la comida que traía en una mesa y leyó los mensajes con gran atención.

—Quizás puedas explicarme qué significa todo esto —gruñó, devolviéndome las hojas mecanografiadas.

—Sé tanto como tú —respondí.

—Entonces, olvidémonos del problema, de momento, y comamos. ¡Estoy muerto de hambre...!

Art devoró los manjares con excelente apetito, pero yo apenas comí un poco. En tales circunstancias, ¿quién puede gozar de una buena comida?

Tras levantar la mesa, Art fue a la cocina para hacer café. Lo tomamos en el salón mientras contemplábamos sin interés un programa de televisión.

Art se levantó para servirme una copa de *brandy*. Y cuando dejó una copa ante mí me miró y observó:

—Estás obsesionado, amigo mío.

—Tienes razón —respondí—. No acierto a entender una sola palabra de este tremendo enredo —y señalé las tres cartas anónimas.

—¿Seguro que no me guardas algún secreto? —preguntó a través del humo del cigarrillo que acababa de encender.

Me encrespé. Pero me apacigué enseguida, no era que Art desconfiara de mi honorabilidad, sino que estaba ansioso por ayudarme, de la forma que fuese.

Yo no le había ocultado nada. Ni siquiera el hecho de que Jenny hubiera estado viviendo algún tiempo con Budler Palmer en un lujoso apartamento de Wallace Lane. McGranger sabía que Jenny me había engañado centenares de veces, que mentía constantemente, que...

—¡La llave! —exclamé. Y me puse en pie muy nervioso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Art, perplejo.

—¿No lo comprendes? ¡Jenny tenía una llave de esta casa! Y yo no he conseguido encontrarla —paseé, inquieto, a lo largo del salón—. ¿Quién tenía relación con Jenny, aparte de mí? ¡Palmer! ¡Ahora estoy seguro! Fue él quien envió aquí a unos cuantos hombres, con el encargo de encontrar algo en particular. No alcanzo a comprender de qué se trata, pero debe ser algo muy valioso, cuando han destrozado prácticamente mi casa. Algo ilegal, si quieres entenderme.

McGranger me miró, incrédulo.

—Pero, John... «Bobo». Palmer es un hombre prestigioso, riquísimo. No tiene necesidad de meterse en negocios ilegales para ganar todo el dinero que necesite —rebatí.

—¿Cómo has dicho?

—Que «Bobo». Palmer...

—«Bobo». Palmer... —murmuré muy excitado—. ¿Es así como le llaman?

—Bueno, es un apelativo familiar. Su nombre completo es

Budler Robert Palmer^[1] —respondió Art.

Acababa de recordar repentinamente las palabras oídas en sueños a Jenny, a principios del verano pasado.

—«... que no me toques, bobo. Ahora estoy comprometida...» «... único es que no tiene dinero...» «... que no quiero... ¡El es bueno, honrado, leal...!».

Era una pesadilla, pero Jenny no había querido decir «bobo» como tonto, sino que tenía como interlocutor a «Bobo». Palmer.

Y de nuevo experimenté la corazonada. Mi cerebro ligaba idea con idea, palabra con palabra, premonición con premonición.

—No acierto a comprender a qué se refieren con la palabra «alijo», pero ahora estoy seguro de que Palmer está detrás de esos anónimos —aseguré.

Art pareció impresionado por la rotundidad de mi afirmación.

—Bien, podemos llevar a cabo alguna investigación. Sin embargo, me gustaría estar seguro de que no son los celos lo que te impulsan a acusar a Palmer —respondió, serio.

—¡Te lo juro, Art! —exclamé—. Aquello pasó. Jenny sigue en mi memoria, pero te juro que nada tienen que ver los celos en esto. Piensa en la llave perdida. Pondría mi mano en el fuego a que Palmer la tiene.

Esbozamos nuestro plan de acción durante tres horas. Consumimos varias tazas de café y otras tantas copas de coñac, antes de que nos diéramos cuenta de que había anochecido.

En aquel momento —las ocho de la noche— recordé repentinamente que no había llevado a cabo el quehacer principal que me había traído a casa: regar las macetas.

Pedí a Art que me disculpase un momento. Recogí en la terraza-invernadero la regadera y la llené de agua en el cuarto de baño, tras lo cual comencé a regar las macetas que Jenny cuidaba con tanto esmero.

Las florecillas que ella había sembrado en lugar de la planta de orquídeas habían estallado ya. Me sentí muy emocionado por ello: era como si aquellos ramilletes de flores multicolores me enviasen el último mensaje de Jenny desde el otro mundo. Y en realidad, era la única herencia que ella me había dejado.

La regadera se vació. Apagué la luz para volver al lavabo. Y entonces advertí un destello en el edificio frontero. Se trataba del

Howell Building, una torre de quince plantas dedicadas a oficinas y negocios diversos.

Era sábado por la tarde. No se veía destellar una sola luz en sus múltiples ventanas, pues el edificio debía estar solitario. ¿Por qué entonces se divisaba un leve resplandor en una de las ventanas de la cuarta planta?

El pensamiento acudió a mí, raudo... Nada más fácil que situar enfrente a un hombre con un fusil para balear impunemente a un tipo llamado John Tizza.

El peligro podía ser real. De modo que debía advertir a McGranger y abandonar inmediatamente la casa.

Como me encontraba en la oscuridad de la terraza, al girar, tiré al suelo una maceta. Pero no me detuve. Corrí a lo largo del pasillo y grité a Art:

—¡Vámonos! No estamos seguros en esta casa.

En aquel instante se oyó el rumor de los cristales rotos. La botella de *brandy* de la que Art se disponía a servirse desapareció convertida en menudos fragmentos.

CAPÍTULO XII

McGranger gruñó algo entre dientes y se arrojó al suelo casi al mismo tiempo que yo me dejaba caer.

Repté y crucé bajo el ventanal hasta el conmutador de la luz, que apagué.

Inmóviles, aguardamos unos minutos. Pero no volvió a producirse ningún nuevo disparo.

—No perdamos el tiempo —susurré, como si alguien pudiera oírnos—. Salgamos de aquí.

Art se reunió conmigo. En la semipenumbra que llegaba de los distantes postes luminosos, avanzamos a gatas por el pasillo, en dirección a la puerta.

Tras de mí, escuché el gruñido estrangulado de McGranger.

—¿Qué ocurre? —susurré.

—¡Me he clavado algo durísimo en la rodilla, maldita sea! —respondió. Y vi algo en su mano derecha que destellaba atractivamente.

—¡Un diamante! —murmuré.

—¡Y otro, y otro más...! ¡Los hay a docenas, John, a centenares! —exclamó, dominado por la más intensa excitación.

Era verdad. El piso del pasillo estaba regado de hermosos diamantes. Los recogíamos a puñados. Y siguiendo el rastro llegamos hasta la terraza-invernadero.

La maceta que yo había tirado sin querer se había hecho trizas sobre el pavimento. Entre la húmeda turba se veía una bolsa de plástico, rasgada. Allí, los diamantes se confundían con el mantillo, aunque dentro de la bolsa quedaban centenares de gemas brillantes.

Art me miró en silencio, los ojos brillantes y las aletas de la nariz distendidas en un expresivo gesto de ansiedad.

—Son diamantes auténticos, John —clamó—. Debe haber más de un kilo de estas piedras... Todo esto, debe valer muchos millones de dólares. Dime una cosa: ¿cómo llegaron hasta aquí?

Tragué saliva. No podía ni debía mentir. Y no lo hice.

—Debí traerlos Jenny. Ahora me explico por qué arrancó aquella bella planta de orquídeas —respondí con un susurro apagado.

* * *

El comisario Scott movió negativamente la cabeza.

—No podemos arriesgarnos, John. Podría resultar un traspié mortal. Palmer es demasiado poderoso —dijo.

—Lo siento, pero estoy de acuerdo con el comisario —le apoyó Art—. No conseguiríamos nada por el camino más directo. Palmer es hombre de recursos, dispone de los mejores abogados y todo el peso de su dinero. Registrar su residencia de Manhattan supondría un riesgo de gravísimas consecuencias para ti y para toda la policía.

Me retorcí, nervioso, las manos.

—¡Ya lo sé! —exclamé, impotente—. Pero ¿podemos quedarnos cruzados de brazos? —La idea surgió destellante en mi cerebro—. A menos que...

—¿A menos que...? —inquirió Scott.

—Que yo me preste a devolverle los diamantes —respondí.

McGranger y Scott me miraron de forma extraña. Lo más seguro es que pensasen que John Tizza acababa de volverse loco.

* * *

Era una fría tarde de mediados de octubre.

Para distraer el frío y la tensión, yo paseaba a lo largo de la avenida que lleva al parque de atracciones de Coney Island sin apartarse más de diez metros del poste de alumbrado en el que me habían citado.

Era temprano, apenas las cinco y media, pero la fría bruma que llegaba de la bahía difuminaba los contornos de los edificios y aminoraba la potencia de las lámparas eléctricas, encendidas ya.

Finalmente, el comisario había accedido a poner en práctica mi plan. Y allí estaba yo con mi paquete firmemente oculto bajo la gabardina.

Durante tres días, todos los periódicos de Nueva York habían publicado aquel escueto aviso en sus secciones de anuncios por palabras:

«J. Tizza está dispuesto a devolver alijo y espera instrucciones».

Habían pasado muchas horas antes de que el cartero subiese a mi casa con un paquetito. Cuando firmé el resguardo y el cartero se alejó, examiné el paquete con temor. ¿Una bomba, tal vez?

No era una bomba, sino un radioemisor con alcance de unos cinco kilómetros. También había una nota mecanografiada. Decía:

«Vaya al acceso del parque de atracciones de Coney Island a las cinco de esta misma tarde y espere junto al décimo poste de alumbrado a partir de la entrada del parque. No se mueva de allí. Lleve consigo el alijo. Recibirá instrucciones a través del radioemisor que acompañamos. Y, sobre todo, no se haga acompañar por nadie ni hable de este asunto con ninguna persona. Caso contrario, morirá».

Por supuesto, Art Granger y el propio comisario conocían esta nota. Y vigilaban a cierta distancia con numerosos efectivos policiales. Sin embargo, me inquietaba una circunstancia imprevista: la niebla, que cada vez se iba tornando más y más espesa.

El radioemisor que yo llevaba colgando al cuello estaba conectado con la policía, que permanecería al tanto de cualquier mensaje que yo recibiera o contestara.

A las seis en punto recibí la llamada.

—Esté atento, Tizza. Una camioneta va a pasar por delante de usted dentro de unos segundos. Arroje el paquete en su caja. No

intente ninguna jugarreta: estamos vigilándole a corta distancia y un experto tirador le apunta con su rifle. Cumpla las condiciones.

Miré, inquieto, a mi alrededor.

Entonces, de repente, los faros borrosos de un vehículo se aproximaron. En efecto, una camioneta Ford azul se aproximaba lentamente, pegada a la acera.

Saqué el paquete ostensiblemente y aguardé. Por un momento pensé:

—Van a ametrallarme desde la misma camioneta en cuanto arroje el paquete...

Pero no sucedió nada de eso. Entreví la borrosa silueta del conductor, pero no pude ver su rostro. Cuando el vehículo cruzaba muy despacio ante mí, lancé el paquete que cayó en la caja. Inmediatamente, el vehículo aceleró a fondo y se perdió entre la bruma.

Simultáneamente, noté que un gran vendaval agitaba mi rostro. Coincidiendo con ello, un horrísono zumbido descendió de las alturas...

En menos de treinta segundos, el helicóptero había tomado tierra a veinte metros de distancia. Alguien corrió hacia mí. ¿La policía, el comisario Scott, alguno de mis camaradas que trataban de evacuar me de aquel lugar?

El tipo que llegaba asomó bajo su gabán una metralleta.

—¡Rápido, corra hacia el helicóptero! —me ordenó—. ¡Corra o le acribillo!

Eché a andar hacia el aparato. Procuraba retrasar mis pasos, pero el hombre que llevaba a mi espalda clavaba, inclemente, el cañón de su metralleta en mi espina dorsal hasta obligarme a gritar.

La portezuela estaba abierta. Me agarré a un asidero y subí.

Mi cráneo estalló en mil pedazos fosforescentes. O eso, al menos, me pareció a mí. En cualquier caso perdí brutalmente el conocimiento.

* * *

Ya apenas sentía los golpes.

Me habían pegado con las manos, con los puños, a patadas y a culatazos.

Imaginaba que debía tener algunas costillas rotas y, tal vez, el húmero del brazo izquierdo, a juzgar por lo que me dolía. De lo que sí estaba seguro era que me habían fracturado el caballete de la nariz, dos dedos de la mano izquierda y me habían partido los labios numerosas veces.

Mis ojos estaban tan hinchados que apenas podía ver a «Bobo». Palmer, cruzado de brazos ante mí. Pero sabía cómo era exactamente el tipo: guapo, robusto, agresivo y cruel hasta la exageración.

Había confesado algunas cosas interesantes: Por ejemplo, que los diamantes valían veinticinco millones de dólares y que habían entrado en el país de contrabando, en uno de los barcos de Palmer. Por ejemplo, que el mismo Palmer había impulsado a Jenny a suicidarse, después de convencerla de que sus matones me habían abatido a golpes.

Declaró que Jenny le había robado el paquete de diamantes de la caja de caudales empotrada en su despacho de la vigésimo primera planta de un rascacielos de Manhattan, donde ahora nos encontrábamos... Sí, dijo muchas cosas, algunas de las cuales yo había adivinado ya: No, Palmer no amaba a Jenny, pero estaba encaprichado. Y él jamás permitía que una de sus mujeres le fuera infiel.

Y...

Lo que él quería saber, se lo había dicho yo una docena de veces. El necesitaba saber dónde estaban los diamantes auténticos y yo siempre daba la misma respuesta: los había entregado al comisario Scott.

Pero «Bobo». Palmer no acababa de creerlo: para él resultaba inconcebible que un policía muerto de hambre como yo hubiera desdeñado una fortuna de veinticinco millones de dólares.

Tanto él como los cuatro hombres que le acompañaban —uno de ellos era el muchacho que me asestase la puñalada en casa de los McGranger— estaban muy nerviosos. Y sus nervios se traslucían en la agresividad con que se turnaban en golpearme sádicamente.

Sin embargo, hicieron un alto en su ciega tarea cuando se oyó el zumbido del teléfono. Uno de ellos fue a atender la llamada. Enseguida le oí exclamar con acento sorprendido:

—Es una mujer. Dice que se llama Gladys McGranger y pregunta

si está aquí un tipo llamado John Tizza. Ha dicho: «Dígale que aguante un minuto. La policía... ¡está ya en la terraza y pronto tomará todo el edificio!».

Abrí los párpados. Las facciones de Palmer estaban transidas por el furor.

—¡Cuelga, estúpido! —bramó—. Sólo puede ser una broma de mal...

—¡No es ninguna broma! —grité con todas mis tuerzas—. La policía está copando este edificio. Dentro de unos minutos estará aquí. Y usted, Palmer, no podrá salvarse. Encontrarán los falsos diamantes que yo mismo le entregué. A estas horas han identificado el helicóptero que usted, estúpidamente, ha dejado en la terraza superior. ¿Es que no lo comprende?

Me dirigió una mirada homicida. Pero los cuatro hombres que le acompañaban se contemplaron entre sí, inquietos, temerosos...

Uno de ellos continuaba todavía con el auricular en la mano. Mi única esperanza estribaba en que Gladys hubiera podido oír mis gritos estentóreos a través de aquel teléfono. Porque en caso contrario...

Aquel tipo dejó caer el auricular de un furioso golpe y murmuró: —Yo me marchó.

Los otros tres se apartaron de mí y se dirigieron a la puerta. Pero Palmer les detuvo de un grito.

—¡Esperad! ¿Adónde iríais sin mí? Por si acaso, vamos a escapar de aquí hasta que se aclaren las cosas. Pero tú, Sal, tienes que hacer un pequeño trabajo. —Palmer me señaló con el brazo extendido—. ¡Ocúpate de él!

A manotazos, recogió su chaqueta y los objetos que había sobre una mesa y desapareció seguido de tres de sus hombres. El cuarto, aquel muchacho delgado y pálido que me había desgarrado la mano derecha y asestado una puñalada en el hemitórax, quedó de pie ante mí.

Yo me alcé sobre los codos cuando él se aproximó despacio, con la mano derecha metida en el bolsillo de su cazadora de nylon.

«O él o yo», pensé en el último momento, cuando Sal se abalanzaba vertiginosamente sobre mí con la navaja en la mano.

Mi pierna derecha se alzó con fuerza y le golpeó brutalmente en los testículos. Antes de que, instintivamente, pudiera herirme, elevé

la pierna izquierda y le golpeé salvajemente en la mandíbula cuando caía.

Escuché el crujido de su mandíbula al fracturarse. Y Sal se derrumbó sobre mí.

Suspiré hondo. Luego, con enorme esfuerzo, aparté su cuerpo exánime, me puse en pie y marqué un teléfono. Inmediatamente después me desplomé.

CAPÍTULO XIII

Salimos a pasear al atardecer de un tibio día de finales de noviembre. De reojo, Gladys contemplaba de cuando en cuando mi rostro vendado. Finalmente, no pude aguantarme y estallé:

—¿Es que te avergüenza pasear en compañía de una especie de monstruo como yo? —grité.

—Pues no... Pero tienes un aspecto muy pintoresco, mi querido monstruo —respondió.

No me quedaban manos sanas para acariciarla, ni siquiera podía apretarla entre mis brazos y oprimirla contra mi pecho, debido a mis múltiples fracturas, que ya comenzaban a soldar, pero... en mi rostro había una abertura entre las vendas que me permitió besarla dulce y largamente.

No quería recordar a Jenny, porque formaba parte del pasado. Tampoco quería recordar que Budler Palmer me había amenazado de muerte ante la policía que le detuvo en el aeropuerto cuando se disponía a poner miles de millas por medio. McGranger había encontrado en su casa la máquina de escribir con la que mecanografiara los tres anónimos. Y algo mil veces más interesante: la llave de mi casa estaba en sus bolsillos cuando le detuvieron.

Teniendo pegado al mío el tibio y confortante cuerpo de Gladys, sólo quería pensar en ella y en nuestro futuro.

Lo demás... Lo demás quedaba ya lejano, al filo de la memoria.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS*

100 000

, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] En ingles, el diminutivo más corriente de Robert es Bob, y de ahí el apelativo familiar «Bobo», común en algunos Estados U. S. A.

< <